

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 806.

## SUMARIO.

Viaje de SS. MM. II. á Ruan; grabado. — Revista española. — Inauguracion de la Exposicion del Havre; grabado. —

Sucesos del Japon; grabado. — Revista de Paris. — Manuscrito encontrado en una casa de locos. — « Suzerain, » vencedor del Derby de 1868; grabado. — Carreras de velocipe-

dos; grabado. — Iglesia de San Agustin, inaugurada en Paris el 28 de mayo; grabado. — Debe y haber. — La Moda del Correo de Ultramar; grabados.



Viaje de Sus Majestades imperiales á Ruan.

## Viaje de SS. MM. II. á Ruan.

El concurso regional de Ruan ha recibido, como el de Orleans, la visita del emperador y de la emperatriz. Una proclama que el 28 de mayo se dió en Ruan, recordaba á los habitantes lo que la grah ciudad normanda debia á la solicitud del gobierno imperial. Las calles trasformadas, el puerto hecho practicable á los poderosos buques de la marina moderna, las vias abiertas por el camino del Norte al comercio normando; todas esas grandes y útiles mejoras merecian, con efecto, recomendarse á la gratitud de la poblacion de Ruan, y la acogida hecha al emperador y á la emperatriz no podia menos de ser entusiasta.

Sus Majestades salieron de Paris el domingo 31 de mayo, y llegaron á la estacion de Ruan en medio de las mas vivas aclamaciones. Desde la hora de la llegada hasta el momento de la partida, se puede decir que cada una de las visitas del emperador y la emperatriz provocó las manifestaciones mas acentuadas. Respondiendo á Su Eminencia el cardenal, el emperador dijo que no debia separarse nunca el amor á Dios del amor á la patria. Hablando con el alcalde, el emperador declaró que habia querido demostrar su viva simpatía á las poblaciones industriales y agrícolas del departamento.

Este era el aspecto interesante de esta rápida excursion. Todo el mundo se preguntaba qué acogida recibiria el emperador en la antigua ciudad que se considera como una de las ciudadelas del proteccionismo. Apresurémonos á consignar aquí que no apareció la nube mas ligera en tan claro y hermoso dia. La distribucion de cruces y recompensas tuvo efecto en medio de aplausos unánimes, y M. Pouyer Quartier, el defensor de las tarifas protectoras, será sostenido como candidato del gobierno en Ruan. R. DE M.

## Revista española.

Lamentaciones. — Conversaciones de moda. — Dos frases terribles. — Contraste entre lo que se dice y lo que se ve. — Las corridas de la Pascua. — El Prado. — La fiesta de San Isidro. — Un paréntesis. — Consideraciones. — Siempre pan y toros. — Exposiciones universales de Madrid. — ¡Voy! — Dependientes hembras. — Teatros. — Dios, patria y rey. — El Dos de Mayo en Madrid. — Franceses é italianos. — Libros nuevos. — La Piedra filosofal, historia de un doctor que ha resuelto el problema de vivir sin comer. — Poesias. — Las cigarreras.

Los tiempos no mejoran: el aspecto de Madrid es cada vez mas triste, los que pueden se marchan, los que no pueden se desesperan, y parece que estamos en el capitulo de las lamentaciones.

No se encuentra en la calle, en el paseo, en los salones, en los teatros, en todas partes, á una sola persona que no responda á la tradicional pregunta de

— ¿Qué tal vamos?

— Mal, muy mal, ¿cómo quiere Vd. que ande uno con los tiempos que corren?

— En efecto, son duros.

— No se hace nada, todo está paralizado.

— Y lo peor es que no se ve claro.

— Calle Vd. hombre, esto es horrible.

Si así se expresan los grandes negociantes, no es menos plañidera la conversacion de los que viven del comercio.

— ¡Si las cosas siguen así hay que cerrar las tiendas! dice uno.

— ¡Yo lo creo! exclama otro, con el producto de las ventas apenas se puede pagar el alquiler.

En los salones continúa la broma.

— Con lo que pasa se le quita á uno el humor de divertirse.

— ¿Quién se pone con gusto un vestido de raso, un aderezo, al pensar que los pobres se mueren de hambre?

— ¡Y lo mas triste es que una no puede socorrerlos: las rentas no se cobran!

La misma cantinela se oye en las casas modestas, en las tiendas de comestibles y en las guardillas de los pobres.

En las provincias los gemidos son aun mas lastimosos, y las aldeas hacen un tercer acto de melodrama, una de esas situaciones en las que todo se complica, en que el traidor parece próximo á triunfar de la inocencia. Aquí decimos: «¡No hay dinero!» Allí se dice: «¡No hay cosecha!»

Desgraciadamente hay mucho de verdad en estas dos negociaciones, y sin embargo, entre lo que se dice y lo que se ve hay una misteriosa contradicción.

Antes de que la benéfica lluvia que nos ha concedido la Providencia viniera á reanimar nuestras perdidas esperanzas de comer en el próximo año económico, se celebró en Madrid la Pascua con un par de corridas de toros.

— ¡No hay dinero! ¡No hay cosecha! exclamaba la gente en todos los tonos.

Las empresas de ferro-carriles rebajaron el precio de

los billetes, y mas de diez mil personas inundaron las fondas, los cafés y las calles de la córte.

Los asientos de la plaza de toros se vendieron con una prima que debió parecer tia, y tia de Indias, á los revendedores.

En dos corridas emplearon los madrileños y los forasteros diez ó doce mil duros.

— No es extraño.

— ¿Por qué?

— Los españoles son capaces de vender la capa con tal de no perder una corrida.

— Perfectamente, pero despues de vendida la capa van á otra corrida.

— Como que venden la camisa.

Confieso que no he visto en la plaza á ningun descamisado; pero de todos modos, la capa representa una funcion, la camisa otra, y la plaza siempre está llena. Pero prosigamos.

Llega con el florido mayo el buen tiempo, el Retiro se ve favorecido por lo mas elegante de Madrid que va á pié; la Castellana por lo mas aristocrático de la córte que va en coche: el Prado reúne mas tarde á unos y á otros. El lujo que allí despliegan nuestras damas es fascinador.

Hay *pellizqueme Vd. aquí* que cuesta una onza.

Y entre paréntesis, preciso es confesar que los horteras que han dado este nombre al lazo posterior que usan las hijas de Eva, no han estado inspirados.

Las damas, adoptándolo, no dan tampoco una idea ventajosa de su buen gusto.

No tiene mas de bueno sino que hace ponerse coloradas á las niñas al pronunciarle... y esto ahorra á algunas colorete.

Pero no hagamos caso del lujo, y continuemos nuestras observaciones.

Las empresas de ferro-carriles con motivo de la fiesta del patron de Madrid vuelven á rebajar el valor de los billetes, y en tres dias pasan de veinte mil personas las que invaden la córte.

Los hoteles, las fondas, las casas de huéspedes, las posadas se llenan de viajeros, algunos llegan á media noche y les sorprende la luz del dia sin haber encontrado dónde hospedarse.

En el Gran hotel de Paris apuntó el dia de San Isidro el administrador esta partida: «Verdura de hoy... 3,000 reales.»

Los artículos de primera necesidad se encarecen, los lamentos aumentan, y sin embargo, los omnibus de la Puerta del Sol necesitan dos guardias para librarlos del asalto de los que quieren ir á San Isidro.

Desde el amanecer se inunda la pradera, todas las clases de la sociedad están representadas en aquella abigarrada, alegre y bulliciosa muchedumbre.

Los que van no tienen mas deseo que llegar. ¿Qué les importa el mañana? Toda su vida es hoy; van á buscar una enfermedad, un disgusto. Pero ¿y el baile, y la broma, y las campanillas del santo, y los botijos colorados, y las rosquillas?

Madrid gastó el dia de San Isidro mas de un millon de reales.

Y sin embargo, ¡no hay dinero! ¡no hay cosecha!

Y sin embargo, la gente se divierte, los espectáculos están concurridos, los sastres y los sombrereros, á pesar de los malos tiempos, no cumplen por las prisas, y las modistas... llevan un ojo de la cara por los vestidos que hacen esperar semanas y meses á sus parroquianas.

Los artículos de primera necesidad se han encarecido de un modo horroroso... y aun se come, y se come bien.

¿Qué quiere decir esto?

Cualquiera pensaria como yo pensaba hace dos años, que es la hipocresía de la pobreza.

Desgraciadamente, no es verdad.

Lo parece á primera vista; pero profundizando un poco, se ve que la situacion es difícil, se ve una sociedad que todo lo sacrifica al placer; que, olvidada de ayer, sacrifica el presente al porvenir; se ve un pueblo que no ha avanzado un solo paso, sin prevision, sin comprender el verdadero bienestar; se ve, por último, que aunque la civilizacion ha cruzado la España de líneas férreas, ha alumbrado sus ciudades con gas, ha ensanchado sus calles y las ha adoquinado; que aunque ha mejorado grandemente sus condiciones materiales, ha influido poco en su vida moral.

— ¡Pan y toros! hé aquí la fórmula del progreso, que en vano ha buscado la ciencia política moderna. Ella es el círculo de hierro que nos detiene.

Lo único que puede presumirse en vista de lo que pasa es que sin pan será fácil vivir; pero sin toros, sin diversiones, no.

Esas crecidas cantidades que se malgastan en un dia, que son el producto de una capa vendida, ó de un préstamo usurario, truecan muy pronto la alegría en dolor.

Mañana el frio reclamará la capa, el usurero el préstamo.

En las grandes crisis no es el olvido lo que salva, sino la economía y el trabajo, la moralidad.

Jamás hubo en Esparta Nerones ni Calígulas, pero los hubo en Roma.

Yo no sé lo que sucederá, pero es lo cierto que si continuamos así, nuestra generacion va á asistir al quinto acto de la tragedia.

Los trabajadores están condenados á forzosa necesidad, los negociantes guardan el dinero y el comercio tiene que convertirse en bufon para sacar algun partido de las mercancías.

Sobre las muestras de las tiendas se agitan lienzos en los que una gran brocha ha trazado estas frases:

*Ganga positiva; Baratura sin igual; Venta á precio de fábrica.*

Y como si esto no fuera bastante, los mas activos han adornado sus tiendas con guirnaldas de flores, han vestido de mamarracho á un mozo de cordel y han ilustrado sus bazares con organillos para atraer compradores.

Pero ni por esas.

Un comerciante inteligente, activo, emprendedor, simpático, pensó hace poco en abrir ocho ó diez almacenes de géneros del reino, bautizándolos con el pomposo título de *Exposiciones*.

— La novedad, se dijo, es para la humanidad en estos tiempos lo que fué la manzana en el Paraiso.

Y aguzando el ingenio buscó en la literatura los medios de despertar curiosidad.

En las puertas de sus bazares se repartian prospectos, que mas parecian partes telegráficas: «Con la muerte de Meinher Bismarksen hemos dispuesto hacer una baja.»

Y los lacayos vestian dos dias de luto.

Esto apenas produjo efecto, y un dia apareció en la *Correspondencia* un anuncio indicando que se necesitaban veinte jóvenes bonitas y elegantes para proporcionarles una ocupacion lucrativa. Esto alarmó á Madrid.

Como no se trataba de reforzar los coros de la Zarzuela ó de los Bufos, todo el mundo se echó á pensar sobre el anuncio.

La incógnita no tardó en despejarse.

Las jóvenes debian desempeñar en las Exposiciones consabidas el papel de dependientes.

Se anunció con gran bombo la apertura de seis ú ocho establecimientos, una banda de música solemnizaba el acto, veinte mujeres jóvenes y bonitas, con ricos trajes de seda y raso adornaban los almacenes.

— ¿Y qué van á hacer aquí estas deidades? se preguntaban los rancios castellanos.

— Qué han de hacer; vender telas.

— ¿Y si me encargo un frac?

— Le tomarán á Vd. medida.

— ¡Horror! ¡horror!

Pero los pollos no pensaban del mismo modo. Entrar en los bazares, hablar con ellas, echarlas algun requiebro entre el precio de dos telas, pasar el rato y salir de la tienda sin gastar un ochavo; este era su bello ideal.

Pero el inventor de esta comedia lo habia previsto todo.

Quería, como sucede en otros paises, dar una ocupacion honrosa á la mujer, librarla del mezquino precio de su trabajo para evitar su perdicion.

No contaba con la huésped.

La huésped era lo que llamamos *guasa*, es decir, esa disposicion que tenemos los españoles para echarlo todo á broma. ¿Y qué sucedió?

Lo que era natural que sucediese.

Los compradores entraban á ver el género... femenino.

— Niñas, dijo el director á las jóvenes, la principal condicion que requiere el puesto que ocupais es la virtud.

— Sin duda alguna.

— Pero los hombres son malos.

— Harto lo sabemos.

— ¿De qué?

— De oidas.

— ¡Ah! ya... pues bien, se trata de evitar que los que entren en los bazares se vayan sin comprar algo, y al mismo tiempo de convencerlos de que entre el paño y el amor hay gran distancia.

— ¿Y qué hacer para lograrlo?

— Una cosa muy sencilla. Oigan Vds. la leccion. Llega el galan y dice:

«— Señorita, ¿cuánto vale este patencourt?

» — Tanto.

» — ¡Qué hermosa es usted!

» — Gracias.

» — ¿Y esa lana dulce?

» — Tanto; es muy buena, como Vd. ve.

» — Usted si que es mala. ¡Ay! esos ojos me tienen muerto.

» — ¿Quiere Vd. ver otras telas?

» — Lo que quiero es que me diga Vd. dónde puedo verla... »

— Al llegar aquí fingen Vds. que llamaban y dicen alto:

— ¡Voy!

— Y se van Vds. Sale en seguida un dependiente varon de los mas feos, continúa sirviendo al parroquiano, y cuando menos se lleva un corte de chaleco.

Las niñas aprendieron la leccion perfectamente, y no era posible pasar cerca de los bazares sin oír el célebre: ¡Voy! El público lo ha repetido, y de los seis ó siete establecimientos van á cerrarse la mitad.

Pero apartemos la vista de este cuadro para dirigir una ojeada á los teatros.

La compañía del teatro del Príncipe ha terminado sus tareas, reverdeciendo laureles que han conquistado este año Gaspar Nuñez de Arce y Enrique Gaspar.

Los principales actores de la compañía han salido á dar funciones en Zaragoza y Barcelona.

En el Circo, que ha cerrado sus puertas de pronto, se estrenó *el Dos de Mayo*, para solemnizar la fiesta patriótica, un drama al parecer hilvanado en breves horas por dos poetas que saben hacer mucho mas de lo que han hecho.

La obra ha vivido dos noches, y á juzgar por lo que ha pasado, ha sido para la compañía la voz de *sálvese* el que pueda.

Dios, patria y rey, se llamaba así, como podía llamarse Patriotas y afrancesados, ú otra cosa por el estilo. Yo comprendo que se conmemore á los héroes, que se sostenga con la literatura dramática el amor patrio; pero cuando se quiere lograr esto debe pensarse un poco.

Las vulgaridades son en estos casos enemigos mas encarnizados que los que se vencen en la escena á fuerza de redondillas y octavas reales.

Desgraciadamente lo mismo tengo que decir del drama estrenado con el mismo objeto en el teatro de verano.

Titúlase *el Dos de Mayo en Madrid*, y es original de don Pedro Escamilla.

Versificada con facilidad y soltura, tiene algunos momentos de inspiración lírica.

Pero este á veces espléndido ropaje contrasta con la pequeñez, con la debilidad del fondo.

La obra carece de interés, y mis lectores van á convencerse de que no exagero por la breve reseña de su argumento que voy á hacer.

La acción empieza en la tarde del día 1º de mayo de 1808.

El teniente Ruiz va á contraer matrimonio con una joven huérfana llamada Luisa.

Un oficial francés alojado en su casa quiere impedir la boda, que debe celebrarse al día siguiente. Para conseguirlo dice á Daoiz que Velarde es un traidor, que ama á Luisa y que ha delatado á su tío. Este es preso, y los amigos de Velarde dudan de él.

Juegan en la acción un zapatero muy patriota, un sacristán de monjas muy medroso y una muchacha á quien hace el amor, que sirve en casa de Luisa.

La actitud del pueblo madrileño en el día 2 de mayo empieza á dibujarse, aunque sin ningún rasgo saliente, sin algo nuevo. Los personajes episódicos oyen una conversación de Luisa y de su amante, en la que la primera refiere al segundo la infame intriga del alojado para estorbar su boda; el pueblo, guiado por el zapatero Blas, corre á buscar armas, se apoderan del francés y van á matarle; pero Daoiz le salva.

Entonces el tío Blas le cuenta la calumnia que ha inventado contra Velarde.

Este y el teniente Ruiz llegan con tropas, y desobediendo las órdenes que reciben de mantenerse neutrales, parten á combatir con los franceses.

En el tercer acto desempeña la pólvora el papel principal. Daoiz y Velarde lamentan lo que pasa, sucedenles en escena el sacristán y la novia, y sorprende á estos el tío Blas, que llega perseguido por el alojado y unos cuantos soldados franceses.

No tiene escape, su muerte es segura; pero el sacristán apunta al alojado, da gusto al dedo, le mata, los franceses huyen y el tío Blas se salva.

A esta escena sucede otra, en la que pasa el cadáver de Velarde, y el teniente Ruiz herido dice á los madrileños:

— Esto está ya perdido; pero aun nos quedan Zaragoza y Talavera.

Como se ve, la acción que ha unido á la epopeya española del siglo XIX, no puede ser mas débil. Los personajes históricos no tienen en la obra pedestal, dicen de cuando en cuando buenos versos, pero para reconocerlo sería necesario escribir al pie de sus figuras sus inmortales nombres.

En resumen, el año teatral ha terminado de mala manera, como empezó, como ha vivido.

Pero vean ustedes lo que es el mundo, apenas ha dejado de resonar el idioma de Molière en el coliseo de Variedades, nos brinda el teatro de la Zarzuela la dulce melodía del idioma del Dante.

Entre tanto calla el idioma de Calderón ó tiene que vivir en un mal llamado teatro, donde la moda reúne los miércoles á lo mejorcito de Madrid.

A tristes, á penosas consideraciones se presta esta verdad; pero no es ahora tiempo de emplear cuartillas en inútiles lamentaciones.

La compañía italiana inauguró sus tareas en la noche del 26, y una escogida y numerosa concurrencia llenaba las localidades principales del elegante teatro de Jovellanos, ávida de admirar las bellezas de la obra que le ofrecían, de volver á ver al artista italiano que tan gratos recuerdos había dejado en el público *d'élite* madrileño.

Saludado con aplauso al aparecer en escena, durante toda la representación tuvo ocasión de comprender que se hallaba en presencia de un auditorio inteligente de espectadores que no perdían un solo gesto, un solo movimiento, una sola frase, una sola modulación, y que premiaban su talento artístico, su maestría, con bravos entusiastas y aplausos delirantes á veces.

Compartieron con Rossi los honores Brizzi, en el papel de Jago, y la señora Cassallini en el de Desdémona. Tales son las noticias teatrales. Hablemos ahora algo de los libros nuevos.

Empezaré, por mas que parezca inmodestia, confiando á ustedes que acabo de publicar una novela titulada *la Piedra filosofal*, historia de un doctor que ha resuelto el problema de vivir sin comer.

A fin de librarla de la indiferencia con que los españoles miran las obras de mis compatriotas, he formado con las letras de mi apellido un nombre alemán, *Obleman*, y mis compatriotas creyendo tener en sus manos la obra de un profundo doctor, me han leído y me han elogiado. ¡Qué pena para algunos y qué alegría para mí!

Trueba ha publicado *el Libro de las montañas*. En el prólogo de esta obra escribe Trueba: «Dícese que el

público no quiere versos.» Ciertamente: lo que quiere el público es poesía, que es cosa muy distinta, y si se la ofrecen en versos sencillos, fáciles y armoniosos, la prefiere á la que le ofrecen en prosa.

Esta teoría, con la que estoy conforme, justifica el éxito de su último libro, y explica el que tienen las colecciones de poesías que dan á luz de cuando en cuando los jóvenes poetas Silió y Gutierrez, Ernesto Ladevese, Tejada y Ricardo Sepúlveda.

Las *Notas graves y agudas* de este último, se han agotado y una nueva edición aparecerá en breve para atender á los pedidos que hay de este libro.

Las baladas que Ernesto Ladevese ha titulado *Fuego y cenizas*, lindo ramo de flores, ha obtenido también un éxito lisonjero.

Pensamientos delicados, forma incorrecta, pero sencilla, natural; hé aquí lo que son estas baladas.

Entre la fe y la duda, sin rumbo fijo todavía, sus poesías parecen el crepúsculo: la lágrima y la sonrisa van siempre juntas en las páginas de su libro.

Es poeta, pero aun no es filósofo. Otro libro ha publicado Silió y Gutierrez, con el bellísimo título *Desde el valle*.

Silió tiene por musa al sentimiento. La melancolía es el sello de sus composiciones; quejas, suspiros, fe y esperanza en el dolor, entusiasmo siempre: Todo esto constituye el fondo del poeta.

No abandonaré á los cultivadores de la poesía sin recomendar la lectura del poema que ha publicado el doctor Lopez de la Vega con el título de *Armonías de la Religión*.

En Barcelona se publica con verdadera magnificencia la obra que con el título de *Ecos de las montañas* está escribiendo el popular Zorrilla.

Frontaura ha coleccionado algunos de sus artículos que han visto la luz en *el Cascabel* y ha formado dos tomos: *Retratos y caricaturas* se titula el primero, y *Cosas de Madrid* el segundo.

Los tipos y los cuadros que traza su festiva pluma son verdaderas fotografías. Nadie como él pinta las costumbres de la clase media, del pueblo; y esto justifica el gran éxito de su periódico, que ha llegado á tener 40,000 lectores en España.

Esto es causa tal vez de que no todos reconozcan en Frontaura las cualidades de su talento, cualidades que le han dado en España el puesto que Paul de Kock ocupa en Francia.

Por mi parte, confieso que el autor de las *Caricaturas y retratos* y de las *Cosas de Madrid* merece la popularidad de que goza y la fortuna que ha alcanzado con sus festivos é intencionados escritos.

El *Viaje cómico á la Exposición de París* es una prueba de su fina observación.

Los españoles que deseen conocer á fondo aquella gran ciudad, ver en relieve los defectos, notar la diferencia que existe entre las costumbres parisienses y las madrileñas, tienen por fuerza que leer este libro.

El señor Vila y Eori ha reunido en un libro lo bueno y lo malo que se ha dicho de las mujeres.

La idea es ingeniosa para vender el libro. Los editores pretenden que no hay obra en cuyo título aparezcan las palabras *mujer ó matrimonio*, que se venda bien y pronto.

El tomo en que el señor Vila ha formado su acusación y la defensa del bello sexo es una prueba de ello.

Con menos prisa para confeccionarle, hubiera escogido mejor todos los pensamientos: hay en el libro bastante hojarasca, pero no faltan flores, y sobre todo, cuesta cuatro reales.

Bien es verdad que por este precio la *Biblioteca de instrucción y recreo* da obras de gran mérito. Agotado el fondo de Julio Verne, que otros explotan ahora, ha dado á conocer un precioso libro de Parville, *el Habitante del planeta Marte y la Piedra filosofal*, historia de un doctor que ha resuelto el problema de vivir sin comer.

Con el modesto título de *Planas de primera*, ha publicado el señor don Arturo Cotarelo una colección de artículos y novelitas que revelan notables condiciones del escritor en él. Ligereza para narrar, pensamientos que brotan como chispas en el diálogo, en la narración; buena doctrina siempre y este conjunto adornado con la amenidad del estilo: hé aquí la impresión que ha producido en mí la lectura de las *Planas de primera*, por las cuales propongo al público que dé un premio á su autor, el de leerlas, seguro de que en este caso le estimará.

Mientras que en Madrid asistimos á la agonía del arte teatral y dejamos pasar desapercibidos los teatros literarios de los que aun tienen entusiasmo, en Barcelona se celebran con gran pompa los *Juegos florales* de 1868.

Victor Valaguer, el poeta popular de Cataluña ha trazado el programa de la función, y han acudido á Barcelona invitados por la comisión los poetas provenzales, Mistral, Roumiex, Mayer y Bonaparte Wyre, y los españoles Zorrilla, Nuñez de Arce, Ruiz Aguilera, Llrente Labaila, Querol y Ferrer de Valencia, y algunos otros de diversas provincias.

El domingo se celebró el certamen bajo la presidencia del gobernador, acudiendo al acto lo mas distinguido de la ciudad condal. ¡Qué entusiasmo, qué animación reinó en el salón de Ciento! Trescientas sesenta y dos composiciones optaron á los premios, y alcanzaron la flor natural don Adolfo Blanchi; la eglantina de oro don Francisco Ubach; las medallas de oro y plata del Ateneo Catalán don Víctor Gebhardt y don Joaquin Riera, y el ramito de naranja de plata don Pedro Alcántara Peña.

Durante algunos días no se ha hablado en la industria y mercantil Barcelona mas que de los Juegos florales y de los poetas que han asistido á esta solemnidad. ¡Qué lección para la corte, en donde apenas hay vida literaria!

Y sin embargo, las obras españolas están hoy de moda en París. Las novelas de Fernandez y Gonzalez y de Fernán Caballero, traducidas al francés, obtienen gran éxito. Los libros de Trueba se estiman mucho, y no faltan pedidos á Madrid de obras españolas para darlas á conocer en Francia.

No contentos con las novelas, buscan obras dramáticas, y estos días ha enviado una persona á París gran número de comedias y zarzuelas.

Una de las primeras que se arreglarán al francés para la Opera Cómica es *Pan y Toros*.

Voy á concluir.

Hace poco armaron un motin las cigarreras de la corte. Algunas fueron presas y la cosa quedó así.

Con este motivo se ha refrescado la siguiente anécdota, prueba evidente de que el ingenio sirve para algo.

Hace algunos años las cigarreras se sublevaron, y abandonando la fábrica llegaron en actitud amenazadora hasta la dirección.

El tumulto llegó á oídos del director.

— ¿Quién arma ese ruido? preguntó al portero.

— Las cigarreras, que están amotinadas.

— ¿Y qué quieren?

— Pedir justicia á V. S... Todas quieren entrar y aseguran que entrarán á la fuerza si no se les permite de otro modo.

El lance era apurado.

El director reflexionó.

— ¡Vaya Vd. á decirles, exclamó, que estoy dispuesto á recibirlas!

— Está bien.

— Pero como no es posible que quepan todas en mi despacho, deben nombrar á tres para que hablen conmigo.

— Voy en seguida.

— Espere Vd... las tres que han de elegir han de ser las mas viejas y las mas feas.

El portero las trasmitió estas órdenes.

A estas horas aun no han entrado en el despacho del director.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de mayo de 1868.

## Inauguración

DE LA EXPOSICION DEL HAVRE.

La Exposición del Havre se abrió el 1º de junio, día prefijado por sus organizadores.

Desde por la mañana la ciudad había tomado un aire de fiesta, las calles estaban engalanadas con banderas de mil colores; los buques, adormecidos en un mar en calma y bajo un cielo azul, habían izado sus mas brillantes pabellones, la muchedumbre de forasteros era enorme y á cada paso se veía gente buscando hospedaje.

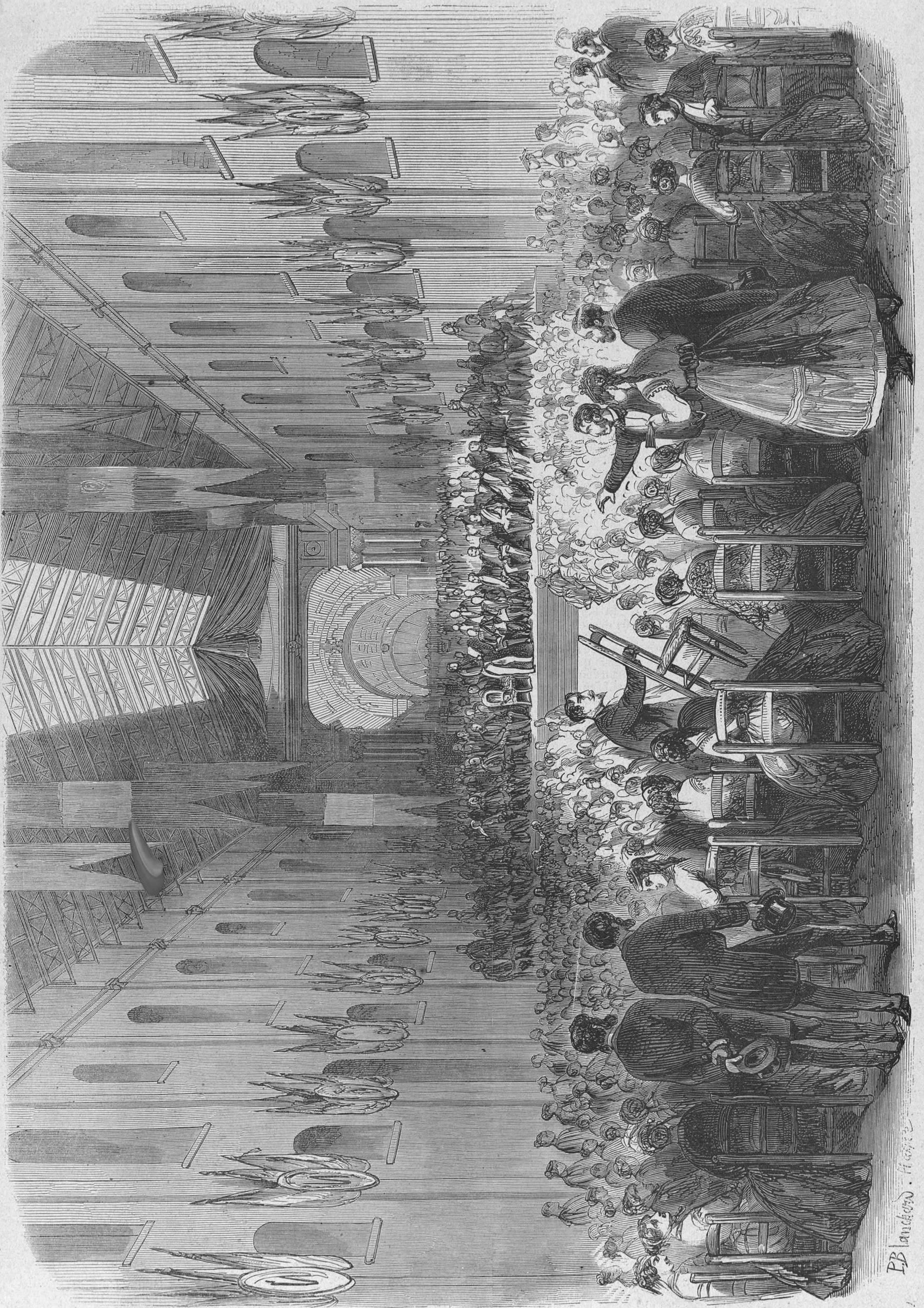
A las ocho y media el cortejo oficial, teniendo á su cabeza á M. Ozenne, consejero de Estado, designado por S. E. el ministro de Comercio, hacia su entrada en las galerías. M. Ozenne estaba acompañado de M. Nicolle, el promovedor y director de la Exposición, de M. Joret des Closières, subprefecto del Havre y de todas las autoridades municipales.

La Exposición del Havre se parece mucho á la de París en proporciones infinitamente mas pequeñas.

Aquí el jardín está en el centro, y ahí se han instalado los cafés, las fondas y puestos de diferentes artículos, así como se encuentra también el mas bello aquarium que se ha hecho hasta el día. Cuando la inauguración había muchos escaparates vacíos; pero á la hora en que escribimos ya la instalación general puede darse por terminada.

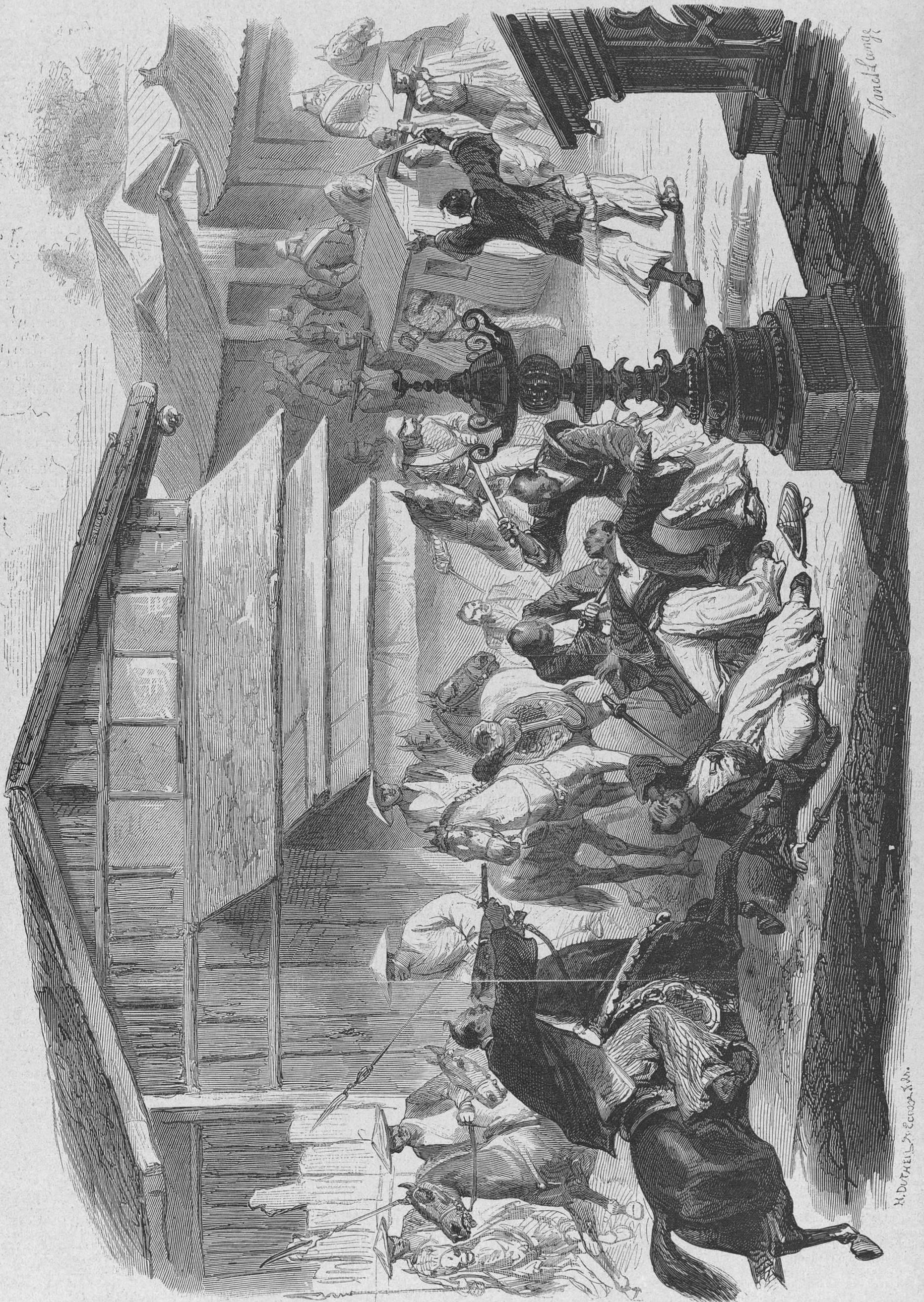
A las dos tuvo efecto la ceremonia, presidida por M. Ozenne, en los docks-depósitos. Figúrese el lector una inmensa sala de mas de 600 metros de larga; en el fondo las paredes están ocultas por una decoración de teatro, y sobre los lados están cubiertas con banderas y cartuchos que representan las armas de todas las ciudades de Normandía. En el primer estrado había 200 músicos y debajo estaban las autoridades y los convidados, entre los cuales había representantes de toda la prensa parisiense. A la derecha del presidente se hallaban el vice-almirante Raynaud, el contra-almirante Dieudonné, M. Dumoustier, jefe de división del ministerio de Agricultura, M. Ancel, diputado, M. Larue, alcalde del Havre, M. Nicolle, etc.

Después de la obertura de *Romeo y Julieta*, perfectamente ejecutada, se pronunciaron varios discursos, y entre ellos debemos señalar el de M. Joret des Closières y el de M. Nicolle, que mas de una vez fueron interrumpidos por las aclamaciones de las ocho ó diez mil personas reunidas en aquel vasto recinto. Luego M. Taillade, artista del Odeon, declamó con voz enérgica y sonora una poesía titulada *el Descubrimiento*, debida á un joven del Havre, M. Pablo Delair, y una cantata de los señores Fleury y Frigola puso fin á esta brillante ceremonia.



EB lauchard. H. G. 2

EXPOSICION UNIVERSAL DEL HAVRE — Ceremonia de inauguracion en los docks, el 10 de junio de 1868.



SUCESOS DEL JAPON. — Ataque de la legacion inglesa en Kioto el 23 de febrero.

H. DUTHEIL DEL.

H. Mandelange

Por la tarde á las siete un banquete reunió en el Círculo internacional á las autoridades, la prensa, los industriales y los expositores. Hubo los brindis propios del caso, y entre tanto la excelente música de la aduana tocaba escogidas piezas. El jardín estaba iluminado á *giorno*, y los curiosos iban y venían por los parterres y la plataforma. A eso de las doce de la noche concluyó esta fiesta.

La Exposición marítima internacional del Havre será ciertamente muy visitada, y este gran éxito será debido á la iniciativa de un solo hombre, M. Nicolle.

Muy luego emprenderemos nuestro segundo viaje al Havre y entonces entraremos en pormenores sobre los productos de la Exposición. Dr M. D.

### Sucesos del Japon.

Las noticias del Japon varían poco. Después del ataque dirigido contra los marinos franceses, tenemos que señalar hoy un nuevo ataque que se ha producido en circunstancias memorables, contra los miembros de la legación inglesa, que el día 23 de febrero iban á la entrevista convenida con el mikado en Kioto.

El 23, dice el corresponsal del *Times*, era el día que había designado el mikado para recibir á los ministros extranjeros. A la cabeza marchaba el inspector de la escolta de la legación, á caballo, al lado de un oficial japonés de alta categoría llamado Nakai; seguía la escolta á caballo, luego sir Harry Parkes con M. Satow y Goto Shojorio, alto funcionario del ministerio de Negocios extranjeros, y finalmente, una guardia de infantería del 9º regimiento, que da hoy la guarnición en Yokohama.

Bajando una calle angosta, casi enfrente de nuestro templo, los que marchaban á la cabeza pasaron sin obstáculo; mas cuando hubieron dado vuelta á la calle, dos bandidos, ó quizás mas de dos, se lanzaron sobre ellos con espada en mano y los atacaron. Nakai saltó de su caballo y acometió á uno de ellos, pero se enredó el pié en el pantalón, cayó, y recibió una grave herida en la cabeza.

En aquel momento, Goto Shojorio y el ministro, que aun no habían dado vuelta á la calle, observaron, por el retroceso de los caballos y por la lucha empeñada, que había ocurrido alguna cosa con los que iban delante. Apeáronse pues á toda prisa, corrieron en auxilio de Nakai, dieron muerte á uno de los bandidos, mas entre tanto el otro huyó bajando nuestra línea, y sin abandonar su espada.

A medida que avanzaba yo en la calle, iba encontrando á los hombres de nuestra escolta que volvían cubiertos de sangre, aunque sin quejarse.

Teníamos doce hombres heridos, incluso Nakai y el groom japonés de sir Harry Parkes, con mas cuatro caballos heridos igualmente. Se atendió á nuestros heridos, y nuestro hermoso templo se convirtió en hospital improvisado.

Volví entonces en busca del bandido que se había refugiado en una casa. Aunque herido, vivía aun, y me puse á su lado para protegerle, á fin de que pudiese sufrir un interrogatorio. Nuestra guardia japonesa había huido, y no volvió á parecer hasta que hubo pasado todo peligro. P. P.

### Revista de Paris.

El gran acontecimiento de la semana es el triunfo de *The Earl* en el hipódromo del bosque de Boulogne. ¡Pobre *Suzerain*, vencedor del Derby y en quien se fundaban tantas esperanzas! Ha permitido que la victoria sea de los ingleses: figúrese el lector la desolación de la multitud inmensa que asistió á esta victoria de los eternos rivales de la otra parte de la Mancha. Luego además de la derrota hay los millones que cuesta, pues sabido es que en estas carreras, las principales del año, se cruzan en efecto, muchos millones de francos.

A decir verdad, estas sumas considerables que se habrá llevado el dueño de *The Earl* le habrán venido como pedrada en ojo de boticario, segun suele decirse vulgarmente. El dueño de *The Earl* es el famoso lord Hastings, de quien se han ocupado mucho los periódicos por ciertas aventuras amorosas é hípicas que le condujeron hace poco á una tentativa de suicidio. En el día tiene rehecha su fortuna, gracias al triunfo del domingo, que ha sido para él de honra y provecho.

Otras carreras, mas interesantes por su novedad, tuvieron efecto la semana anterior en Saint-Cloud; fueron las carreras de velocípedos.

El velocípedo está hoy considerado como un nuevo ramo del sport, y por consiguiente tiene sus partidarios, que lo son desde luego cuantos se inclinan á los ejercicios gimnásticos. Tanto es así, que hasta se habla ya de la fundación de un club ó casino para los aficionados á estas carreras de un nuevo género.

Los corredores habían elegido por teatro de la fiesta una grande explanada del parque de Saint-Cloud que representaba un trayecto de 1,200 metros, ida y vuelta.

Cuatro combates hubo y los resultados fueron estos:

1º Carrera rápida. — Ocho competidores; largo de la pista 1,200 metros recorridos en 3 minutos 15 segundos. Ganó M. Drouet.

2º Carrera rápida tambien para velocípedos de gran modelo. — Cinco competidores; pista 1,200 metros recorridos en 3 minutos. Ganó M. Moore.

3º Carrera lenta. — Esta carrera necesita mucha destreza en los jinetes, si pueden llamarse así los que cabalgan en velocípedos. Ganó M. J. Durruthy.

4º Carrera de gran velocidad. — Pista 1,200 metros, recorridos en 2 minutos 40 segundos. El vencedor fué M. Polonini.

De esto se desprende que el velocípedo podría recorrer seis leguas por hora, si el jinete pudiera conservar siempre la fuerza necesaria de manos y de piés. De todas maneras como el velocípedo se ha puesto á la moda, no será esta sin duda la única vez que tendremos que consignar aquí sus altos hechos.

Entre tanto, el asunto en el día es de tal interés que nos ha parecido oportuno ilustrar las carreras de Saint-Cloud con una lámina que hará ver á los lectores del *Correo* lo que es el velocípedo mejor que todas las descripciones á la pluma. A la verdad, el caballito mecánico no carece de gracia, sobre todo cuando le maneja un jinete diestro.

Otra lámina de gran actualidad publicamos en este número, y es la que representa la nueva iglesia de San Agustín, situada en el bulevar Malesherbes á inaugurada en la última semana. Su arquitecto ha sido M. Victor Baltard, que ha hecho un monumento notable por mas de un concepto. La ceremonia de inauguración tuvo efecto ante el prefecto del Sena, quien anunció al arzobispo de Paris la próxima entrega de otros templos, cuya construcción se prosigue activamente. Vemos pues que en las grandes obras que se hacen en Paris no está olvidado el culto, ni mucho menos.

Entre estas obras grandiosas que hacen la admiración de propios y extraños, lo que en el día llama la atención de todo el mundo es la avenida Napoleon, via suntuosa que desde la plaza del Teatro Francés debe conducir al nuevo teatro de la Academia Imperial de Música.

Esta asombrosa calle, abierta en el corazón de Paris, absorberá primeramente las casas que se elevan á la izquierda de la calle Sainte-Anne, no lejos de la de Frondeurs, cuyo nivel se regulariza actualmente; atravesará despues la calle de las Orties, cerca de la plazuela de Moineaux y siguiendo diagonalmente, cortará la calle Teresa, para desembocar en la calle Neuve-des-Petits-Champs, en el ángulo de la calle Saint-Roch.

Atravesando entonces el islote que forman las calles Gaillon, de Antin y Saint-Augustin, irá á cortar, despues de haber cruzado esta última calle, la de Luis el Grande, para llegar finalmente al bulevar de Capucines al ángulo de la calle de la Paix, donde desembocará igualmente la calle de Reaumur prolongada.

Las inmensas demoliciones que exige la abertura de la avenida Napoleon se hacen á toda prisa, y muy luego los parisienses atravesarán esta soberbia via destinada á una circulación extraordinaria.

A propósito de actualidades, lo es tambien la promulgación de la nueva ley sobre la prensa, tan trabajosamente elaborada por el Cuerpo legislativo. Sabido es que con arreglo á esta ley todo ciudadano francés en el goce de sus derechos puede publicar un periódico; ahora lo que si necesita es dinero, bastante dinero, pues el diario mas insignificante debe reunir para satisfacer las exigencias fiscales una cantidad que no baja de cien mil á ciento cincuenta mil francos. Así es que no obstante la libertad de iniciativa de que disfrutan hoy los que quieren fundar publicaciones periódicas, ninguna nueva, al menos de alguna importancia, ha salido á luz hasta ahora, máxime cuando á esa dificultad de los fondos que exige la fundación, se añade el conocimiento que tienen todos de las escasas utilidades que reportan hasta los diarios de mas fama. En suma, con la libertad de la prensa vendremos á tener lo que hemos tenido con la de teatros, un resultado nulo, si no negativo, en casos determinados.

La promulgación de esta nueva ley ha dado margen á una circular dirigida por el señor ministro de Justicia á los procuradores generales relativamente á la práctica y la aplicación de esta legislación nueva. El documento en cuestión contiene los siguientes párrafos, donde se establece una protección mas eficaz que la que antes existía en lo concerniente á la vida privada.

« El legislador, dice la circular, no ha cambiado en nada los principios consagrados por la práctica y la jurisprudencia en materia de difamación y de injurias. Los elementos constitutivos de estos delitos siguen siendo los mismos; pero había necesidad de una nueva protección para la vida privada, que una prensa ávida de escándalos quería despojar su inviolabilidad consagrada por las elocuentes reivindicaciones de los filósofos y los agitadores. Al prohibir la invasión del dominio de la vida privada, sin que sea necesario establecer la intención criminal, la ley ha querido poner coto á toda discusión por parte de la defensa sobre la verdad de los hechos articulados.

» Peor que el mal habría sido el remedio, si hubiese quedado libertad para empeñar en tal terreno el debate. Esta disposición del artículo 11 está calculada para prevenir la circunstancia agravante de la contravención, que con solo constar materialmente implica la represión sobre la queja de la parte interesada. Pero importa no exagerar por una aplicación torpe, un principio excelente en si cuando se li-

mita á las necesidades que el legislador ha previsto y tomado en cuenta.

» Nuestras costumbres no admiten la pretensión de quitar á las investigaciones de la publicidad los actos que se refieren á la vida pública, y esta última palabra no debe limitarse á la vida oficial ó á la del funcionario. Todo hombre que llama sobre sí la atención ó las miradas del público, sea por una misión que haya recibido ó que él se haya dado, sea por el papel que se atribuya en la industria, las artes, el teatro, etc., no puede ya invocar contra la crítica ó la exposición de su conducta, otra protección que las leyes que reprimen la difamación y la injuria.

» Solo tiene derecho al silencio absoluto aquel que, expresa ó indirectamente, no ha provocado ó autorizado la atención, la aprobación ó la censura. El que lleva á los tribunales sus discusiones de fortuna ó de familia, tampoco puede coartar una publicidad que ha debido tener en cuenta, y la relación de un proceso jurídico contemporáneo no se considerará como un acto ilícito contra la vida privada, si es leal y sincera, á menos que los tribunales no hayan usado del derecho absoluto que les confiere el artículo 17 de la ley de 1832, de prohibir la publicación de los debates civiles y criminales.»

La aplicación de esta nueva ley de que venimos tratando ha dado ya lugar á un curiosísimo incidente. El *Etendard*, órgano oficioso que recibe sus inspiraciones del mismo gabinete del emperador, había sido creado por M. Pic, propietario y administrador, y M. Augusto Vitu, ex-colaborador del *Constitutionnel*. M. Vitu tenía el título de redactor en jefe con 30,000 francos de sueldo y un cinco por ciento de los beneficios. Bajo la antigua ley, el nombramiento de todo redactor en jefe necesitaba el beneplácito del gobierno, y una vez conseguida la aprobación, su posición era, por decirlo así, inamovible. Pero como la nueva ley ha abrogado todas las autorizaciones previas, los propietarios de los periódicos son en adelante dueños de admitir y despedir á quien les parezca.

M. Pic ha querido aprovecharse del beneficio de la ley para despedir á M. Vitu, y lo ha hecho sin mas ceremonia. Fácil es figurarse que no se abandonan sin resistencia de 30 á 40,000 francos de renta con todas las ventajas inherentes al director político de un periódico, y M. Vitu se ha negado á dejar su colocación y ha puesto pleito á M. Pic. Mientras se discute el asunto en el fondo, el presidente del tribunal, en vista de la urgencia, ha expedido un auto que conserva interinamente á M. Vitu en su puesto, y condena á M. Pic á depositar 60,000 francos en la Caja de depósitos para hacer frente á las eventualidades de daños y perjuicios.

Esta cuestión, que ha sido muy comentada en los diarios, se terminará sin duda amistosamente, gracias á las altas influencias que tienen empeño en orillarla.

Decíamos al comenzar esta revista, que los ingleses habían triunfado en Paris en las carreras del bosque de Boulogne; y ahora vamos á señalar aquí una victoria de los franceses en Londres, que aunque no tan ruidosa, no deja seguramente de tener su mérito.

El periódico la *Liberté* es el que da cuenta de este interesante triunfo artístico:

El perito parisiense M. Clement se ha quedado en pública subasta, mediante 27,000 francos y por cuenta de M. Duit, de Ruan, con una prueba de la célebre estampa al agua fuerte de Rembrandt titulada: *Jesus sanando á los enfermos*.

Esta admirable estampa se conocía, en vida del maestro, con el título de la *Moneda de cien florines*, porque, segun afirman los biógrafos, Rembrandt no daba ningun ejemplar de esta lámina por menos de ese precio.

Parece ser, dicen los que la han visto, que es una de las composiciones mas notables del maestro.

Jesus de pié en medio de una bóveda subterránea recibe con un ademán consolador y un rostro inspirado á los enfermos, los paralíticos, los ancianos achacosos que le presentan en angarillas, en un asno y en un camello.

A su derecha se agita y se inclina el grupo de las gentes del pueblo y de los fariseos que le observan ó le admiran, que se burlan ó se conmueven en presencia del milagro.

Jamás las diversas expresiones del dolor físico, de la fe ardiente ó pasiva, de la interrogación silenciosa, se han observado con mas profundidad ni expresado con mas talento. Esta agua fuerte vale tanto, y es de un efecto tan extraordinario, está tan llena de luz y de sombra como el dibujo mas esmerado ó la pintura mas conservada.

A decir verdad, esta lámina no es rarísima sino en el primer estado, es decir, en el estado en que se hallaba cuando Rembrandt imprimió verosíblemente algunas pruebas como ensayo y nada mas. En el día se cuentan ocho de estas pruebas, las cuales se reconocen fácilmente, porque despues se añadieron algunos retoques con el buril en las ancas de un asno que está á la derecha en la sombra. Dos de estas pruebas se hallan en el gabinete de estampas del British Museum; una en el gabinete de estampas de Paris; dos en los gabinetes de Viena y Amsterdam, y la sexta y la séptima pertenecen al duque de Buccleuch y á M. Holford.

Volviendo ahora á Paris, diremos que en estos últimos días, al paso que en el Campo de Marte desaparecen los últimos vestigios de la gran Exposición universal de 1867, se inauguran en diferentes puntos de Paris y sus cercanías, varios de los establecimientos que llamaron particularmente la atención pública.

Por ejemplo, el panorama del istmo de Suez, tal como estaba en el Campo de Marte, se ve actualmente en el jardín de la fotografía Delton. Todas esas obras famosas cuya

inauguración definitiva se espera con tan legítima impaciencia, aparecen en este magnífico panorama hasta con sus detalles más minuciosos.

Lo mismo que hizo durante la Exposición universal, M. de Lesseps dió al auditorio la explicación de las obras desde Puerto Saïd hasta Suez. El desierto se ha convertido en un semillero de ciudades á lo largo del canal de agua dulce.

Hace doce años los viajeros tenían que llevar provision de agua por esos sitios tan poblados hoy, gracias al agua potable que traen del Nilo numerosos conductos. En todo el camino se encuentran paradores, iglesias católicas, templos protestantes y mezquitas. Es un cambio completo: es la animación y la vida allí donde han reinado durante tantos siglos la esterilidad y la muerte.

Una de las ciudades que debe su fundación á la compañía, Ismailia, cuenta ya en la actualidad una población de seis mil á ocho mil habitantes. Suez, que apenas tenía ocho mil, ha ascendido á veinte mil, y eso que aun no está terminado el canal marítimo.

En el panorama á que nos referimos, se ve á los operarios ayudados por las máquinas en toda la extensión de la línea del istmo: es un espectáculo tan asombroso como instructivo, pues él nos prueba de lo que es capaz la tenacidad de un hombre que se propone llevar á buen término una empresa que considera realizable, no obstante las oposiciones interesadas de enemigos tan implacables como temibles.

M. de Lesseps ha prometido inaugurar el 1º de octubre de 1869 el canal de agua salada, promesa que hizo ya días antes en la junta general de accionistas.

En los teatros de París tenemos esta vez una novedad, aunque nos hallamos en pleno estío. Es un drama original del célebre autor inglés Carlos Dickens, titulado el *Abismo*, que traducido al francés, ha obtenido un éxito brillante en el teatro del Vaudeville.

El drama es complicado en extremo, abunda en peripecias palpitantes, y las situaciones melodramáticas se suceden en él con tal frecuencia, que llegaría á causar tanta emoción si una pluma menos experta que la de Carlos Dickens hubiese tratado semejante argumento.

La introducción es la historia de un joven criado en una casa de expósitos, que ha recibido al salir de ella una gran fortuna que no le corresponde y quiere restituir á su legítimo dueño.

La muerte le impide cumplir con este deber, que encomienda á un amigo suyo llamado Jorge Leslie.

Jorge Leslie ama á una niña, cuya mano le disputa un bribón de á folio llamado Richenbach, que ha cometido un robo, cuyas pruebas se hallan en manos de Jorge.

¿Cómo arrebatarse estas pruebas terribles á su rival? Mediante un crimen: Richenbach no conoce un camino mejor para salvar su honra y conquistar definitivamente á la mujer que ama.

Con efecto, Richenbach lleva á Jorge á la orilla de un abismo, y está ya á punto de precipitarle en él, cuando aparece la joven acompañada de un sirviente leal, y no solo le salva, sino que ve con júbilo cómo desaparece en el abismo aquel criminal en lugar del hombre que era la esperanza de su vida. Este cuadro es admirable y la impresión que produce en el público asegura al teatro del Vaudeville una larga serie de representaciones.

MARIANO URRABIETA.

## Manuscrito

ENCONTRADO EN UNA CASA DE LOCOS.

Soy el hijo mayor de una familia numerosa, distinguida por su clase y por sus riquezas. Mis hermanos son todos hermosos y de talle elegante; mis hermanas atraen las miradas de todos los hombres. ¿Por qué pues soy el único contrahecho, feo, echado en medio de esta esfera brillante, como una discordancia en la armonía de la creación, como una maldición animada, como un objeto de horror y de aversión?

¡Ningún objeto se ofrece al ardor de mis deseos! Mi corazón encierra el manantial de los más vivos afectos, sin encontrar un ser en toda la naturaleza sobre el cual pueda derramar la superabundancia de sus sentimientos. El amor, ¡maldito sea este mundo de que soy el espanto y la escoria! ¡la amistad huyen á mi aspecto! ¡hasta la compasión, tras un generoso esfuerzo, me vuelve el rostro estremeciéndose!

Donde quiera que dirija mis pasos, me rodea una atmósfera de odio, y me hallo condenado á vagar por un laberinto espantoso del cual nada puede arrancarme. La ambición, el placer, el deseo, todos los sentimientos comunes á los demás mortales, son otros tantos círculos mágicos á los que no puedo acercarme sin experimentar un horroroso martirio.

Yo poseo conocimientos tan profundos, que á su lado no es más que ignorancia la erudición de los sabios más famosos; la pujanza que me anima es tan poderosa, que para mí el reposo es un suplicio, mi benevolencia universal se extiende hasta al humilde gusano que temo hollar bajo mis pasos.

¡Dios misericordioso! ¿qué quieres que haga de esos

dones de la ciencia y de la naturaleza? Para encontrar en qué emplearlos, es preciso que me ponga en contacto con los hombres, y sin embargo, el instante que me acerca á ellos es la señal de la más dolorosa agonía.

Por todas partes encuentro la sonrisa del desprecio ó el estremecimiento del horror; cada uno de mis pasos tiende á un abismo, y para mí la vida es una ponzoña.

Cuando nací, el ama que me estaba destinada se negó á darme su seno, mi madre me vió, y perdió momentáneamente el juicio; mi padre me condenó como un monstruo indigno de vivir. Los médicos me arrancaron de las manos de la muerte, y ¡yo les maldigo por esta crueldad! Una mujer, vieja y aislada, se apiadó de mí, me recibió y me educó. Yo crecí, y se hizo sentir en mí la urgencia de amar.

Yo amaba cuanto se ofrecía á mi vista, la tierra, la yerba lozana, el insecto que abrigaba, la fiera: todo, desde el animal que se arrastraba á mis pies hasta al hombre creado para contemplar el cielo, y á quien espanta mi vista; todo desde el ser más noble hasta el más despreciable.

Yo me arrojaba delante de mi madre pidiéndola que me amase, ¡ella se estremecía! Me dirigía á mi padre, y ¡me rechazaba con horror! El más vil esclavo, orgulloso de poseer una forma humana, desviaba toda relación con un ser marcado con la reprobación del cielo.

Hasta mi perro, y yo había escogido el más feo, me temía y huía al verme. Desechado por todas partes, viví aislado y miserable, como el reptil debajo de la piedra donde nació. La meditación amargaba mis dolores, y yo experimentaba los tormentos del destierro en un mundo donde no debía despertar nunca una simpatía.

Desterrado del trato de los hombres, me dediqué á la contemplación de las bellezas de la naturaleza, y comuniqué más íntimamente con los muertos ilustres que nos han dejado el fruto de sus desvelos y tareas. La tierra me descubrió todas sus maravillas; los escritos de los sabios me entregaron sus preciosos tesoros: leí, examiné, reflexioné, penetré en el secreto asilo donde se ha refugiado la verdad, y mi alma conservó la estampa de su belleza divina.

Se desarrollaron ante mis ojos los hechos pasados: se me aparecieron sin velo los arcanos del mundo animado; la experiencia me dió, en cierto modo, hasta la ciencia del porvenir, y supe adornar con el embeleso de la poesía los objetos más áridos y abstractos.

¡Mas ay! cuanto más se encumbraba mi espíritu, y más extensión y fuerza adquirían mis facultades, más agudos eran también mis padecimientos, cuando me veía, en este mundo de amor y ventura, condenado á la desgracia de no ser nunca amado.

Resolví viajar. Buscaré, me dije, otras partes del globo, otros hombres que no hayan sido creados á esta orgullosa semejanza de los dioses y de los ángeles. ¿Por qué no puede haber en esta inmensa variedad de criaturas humanas algunas que se me asemejen y de las cuales sea yo amado, y por qué no sería yo feliz?

Despedíme de la única mujer que se interesara por mí, la que me había recogido: se había vuelto ciega é imbecil, y no se dignó siquiera extender su trémula mano sobre mi cabeza diforme: me bendijo, pero no pudo menos de añadir:

— ¡Pluguiera á Dios que no hubieses salido nunca de la nada!

Escapóme de los labios una sonrisa sardónica, y me precipité lejos de su morada.

Una tarde, después de haber andado todo el día, me encontré, al salir de un bosque, cerca de una hermosa casa de campo rodeada de un vallado frondoso y florido.

El rosál silvestre, la madre selva, bañadas por el rocío de la tarde, daban al viento sus dulces aromas, que yo respiraba con ansia. Al menos no me estaba vedado este placer.

Oí hablar en el jardín, y conocí que eran voces de mujeres. Me detuve para escuchar, y oí que hablaban de amor y de las prendas que lo hacen nacer. Una de ellas pronunció estas palabras, cuyo encanto vino á resonar dulcemente en mi corazón:

— No, no es la belleza la que atraerá mi voluntad; necesito, para amar, un entendimiento superior hecho para mandar á los demás, y un corazón capaz de experimentar un afecto bastante vivo para someter ese espíritu orgulloso á mis caprichos. En una palabra, quiero númer y amor; lo restante es nada á mis ojos.

— No creo, sin embargo, contestó otra persona, que quisiérais amar á un monstruo, aun cuando fuese un prodigio de sentimiento y de inteligencia.

— Conozco que lo podría, respondió la dulce voz; sí, conozco mi corazón, y se ligaría apasionadamente á un hombre dotado de prendas eminentes, cualquiera que fuese su deformidad.

Una abertura que había en el vallado me permitió mirar á aquella cuyas palabras habían hecho penetrar el cielo en mi corazón. Su fisonomía era pensativa y melancólica; sus hermosos cabellos rubios, partidos con gracia sobre una frente joven y pura, sombreaban dos ojos de una dulzura inexplicable: distinguíase en cada uno de sus movimientos, y por decirlo así, al través de la delicada transparencia de su tez, la expresión de un alma elevada y el poder mágico del sentimiento.

Para otros quizás no hubiera sido bella; para mí era un ángel. ¿Qué visión brillante puede ofrecer más atractivos y halagos que aquella que hace columbrar el primer rayo de una esperanza divina á un pecho entregado á la más lóbrega desesperación?

Este instante decidió de mi suerte. Ocúltame en los bosques que circunian su morada: habité las cavernas

de las fieras, y pasé mis días en los sueños de una pasión delirante.

Siempre que una sombra protectora podía ocultarme á sus miradas, me acercaba á ella, y velaba cada uno de sus pasos; me deslizaba por entre los árboles para oír su dulce voz; pasaba noches enteras echado bajo la ventana de su aposento, y á menudo interrumpía su sueño una música tierna y triste.

En sus paseos encontraba por todas partes versos que, como mis dulces cantos, respiraban el incienso de la admiración, los arranques de un amor más apasionado.

Estos excitaron su curiosidad y sedujeron su imaginación virgen todavía. ¿Por qué no se secó mi mano, por qué no se apagó mi voz antes de descubrirle este amor maldito, antes de hacerla partícipe de este sentimiento execrable y reprobado?

Le dije en mis versos y en mis cartas que había oído su coloquio; le repetía cien veces que era más feo que el demonio fantástico creado por la fantasía delirante de un salvaje del Norte; pero le dije también que la adoraba, que ella sola era para mí la naturaleza toda, y mi voz tenía una suavidad y una armonía que parecían desmentir la confesión de mi deformidad.

¡Ella me respondió! su respuesta creó á mi alrededor un mundo nuevo y encantado. Me repetía que la belleza no era nada á sus ojos, que solo el alma merecía su cariño; que el hombre que sentía y que escribía como yo no podía serle odioso.

Aun más, me prometió que me amaría, aunque fuese más espantoso de lo que me había pintado yo mismo en mis escritos. ¡Insensato! yo di crédito á sus palabras.

Cubierto de una capa que me cubría enteramente, confiando en el juramento que me había hecho de que no procuraría verme hasta el instante que yo señalase para esta revelación, osé todas las noches acudir cerca de ella bajo un soto frondoso, donde penetraban apenas algunos rayos de la luna.

Le descubrí en nuestros largos coloquios todos los arcanos de la naturaleza, todos los tesoros de la ciencia; pero muy á menudo vinieron á mezclarse las pinturas de un amor ardiente con las lecciones del sabio. ¡Ay! ¿por qué fué tan corto este tiempo venturoso?

— Parte, me dijo una noche, ve á obtener de los hombres esta admiración apasionada que me has inspirado; justifica mi elección con una nombradía brillante; ven en seguida á reclamar mi palabra, y soy tuya.

— ¡Júralo, exclamé.

Ella hizo el juramento que le exigía. En este momento penetraba la luna al través de las hojas; yo ví brillar sus ojos con el fuego del entusiasmo; su mirada era tranquila y serena; parecía llenar mi alma una resolución profunda, ¡mi cuerpo palpitaba!

Estreché su mano en silencio, alejéme, y no oyó hablar de mí durante muchos días.

Escogí un retiro apartado; hundíme más que nunca en los abismos de la ciencia, y recorrí las aéreas regiones de la poesía. Llené innumerables páginas de pensamientos sublimes que hacia mucho tiempo hervían en mi cerebro, y los dí al mundo, que los recibió con arrebatos.

Los filósofos se humillaron ante la profundidad de mis hipótesis, y los sabios seguirán por mucho tiempo las nuevas sendas que les he trazado. No me limité á graves y severas producciones, y más de una vez la virgen tímida se sonrojó y suspiró repitiendo las ardientes expresiones de mis versos. Todas las edades, todos los sexos, todas las naciones se aunaron para admirar el númer desconocido que, por un portento inaudito hasta entonces, hermanaba con el más profundo saber todos los embelesos de la imaginación.

Volví á su lado y la volví á ver con el mismo misterio y bajo las mismas condiciones que antes. Le probé que yo era aquel cuya reputación había pregonado por todas partes la voz de la fama. Su corazón lo había adivinado. Reclamé mi recompensa, se apoyó en mi seno, y ningún movimiento de horror turbó su reposo...

Multiplicáronse nuestras entrevistas; ¡yo era feliz! Pero fué ya forzoso ó huir con ella, ó consagrar nuestra unión con las ceremonias de los hombres. Era imposible retardarlo; engañado por sus promesas, perdido por sus lágrimas, seducido por mi propio corazón, decidíme, y acordóse que por primera vez vería á su amante, á su esposo, al pie del altar que debía recibir nuestros juramentos.

Llegó el día señalado, y ella se trasladó al templo, acompañada tan solo de dos testigos y de su anciano padre. Ella los había dispuesto á ver un ser diforme, aborrecible; mas á pesar de todo, no había podido prepararlos á verme...

Yo entré; todos los ojos, excepto los suyos, estaban dirigidos hácia mí; un grito de horror hizo estremecer la bóveda; el sacerdote cerró el libro santo y murmuró involuntariamente la fórmula del exorcismo. El padre cayó sin vida sobre el pavimento.

Los testigos huyeron de la capilla. Era de noche; las antorchas despedían una luz falsa y dudosa, y yo me acerqué á la novia que, trémula y llorando, no se había atrevido todavía á mirarme, y la dije:

— ¡Mira, mi adorada, hé aquí tu esposo!

La quité el velo, y ella me vió, se estremeció y perdió el sentimiento de su desgracia. Yo no la levanté, no hice siquiera un movimiento, no pronuncié una sola palabra. ¡Mi destino se había fijado, la maldición se había cumplido!

Mi corazón quedó frío y yerto. Se llevaron la novia: la iglesia se llenó poco á poco de gente que fijaba en el monstruo sus miradas llenas de desprecio y horror. Volví en mí, y lanzando un alarido penetrante que ahu-

yentó á cuantos me rodeaban, me precipité fuera del templo y me perdí en el bosque.

A la hora acostumbrada de nuestras citas, me trasladé furtivamente cerca de la casa de campo. La ventana de su aposento estaba abierta, y me decidí á entrar; no habia nadie en él, y sin embargo, el cuarto estaba lleno de una luz viva; el lecho de mi novia estaba rodeado de antorchas: ¡ estaba muerta!

Ningun gemido salió de su seno... no: yo experimenté no sé qué alegría cruel al ver al único ser que me amaba sobre la tierra, frio, cárdeno, y que debía ser en breve pasto de gusanos...

Volví: vi un velo negro que cubria una mesa; levantélo, y vi otro cadáver, ¡el de un niño! reconocí mi perfecta semejanza, la horrible boca, las facciones espantosas, la piel lívida, los miembros cenceños y velludos: era verdaderamente digno de su padre.

Cogí mi esposa y mi hijo y los llevé al bosque, y los oculté en una caverna profunda: echado á su lado, ¡yo jugaba con los gusanos que los devoraban! ¡Sí, fué á la verdad un tiempo muy feliz el que pasé en la caverna!...

Pronto no me quedaron mas que huesos: los enterré cuidadosamente, y volví á mi pais nativo. Mi padre habia muerto, mis hermanos creian que yo tambien lo era... arrojélos á todos y tomé posesion de los títulos y de los bienes de nuestra casa.

Quise volver á ver á la mujer que me habia educado, mas ¡ solo pudieron enseñarme el lugar de su sepultura! Lloré amargamente, y derramé mas lágrimas por ella que no habia derramado por mi esposa ni por mi hijo.

Vivi feliz algun tiempo; pero pronto se supo que yo era el filósofo desconocido, el poeta divino cuya reputacion habia llenado el mundo... ya no gocé desde entonces un momento de reposo: todos los ojos estaban clavados en mí; oia resonar por todas partes carcajadas

sardónicas, y hasta el aire pareció poblarse de espíritus infernales que me escarnecian, y no me han abandonado desde aquel dia, y ¡no he disfrutado una hora siquiera de soledad!...

M. DE F.



Suzerain, vencedor del Derby en 1868.

sardónicas, y hasta el aire pareció poblarse de espíritus infernales que me escarnecian, y no me han abandonado desde aquel dia, y ¡no he disfrutado una hora siquiera de soledad!...

### Suzerain,

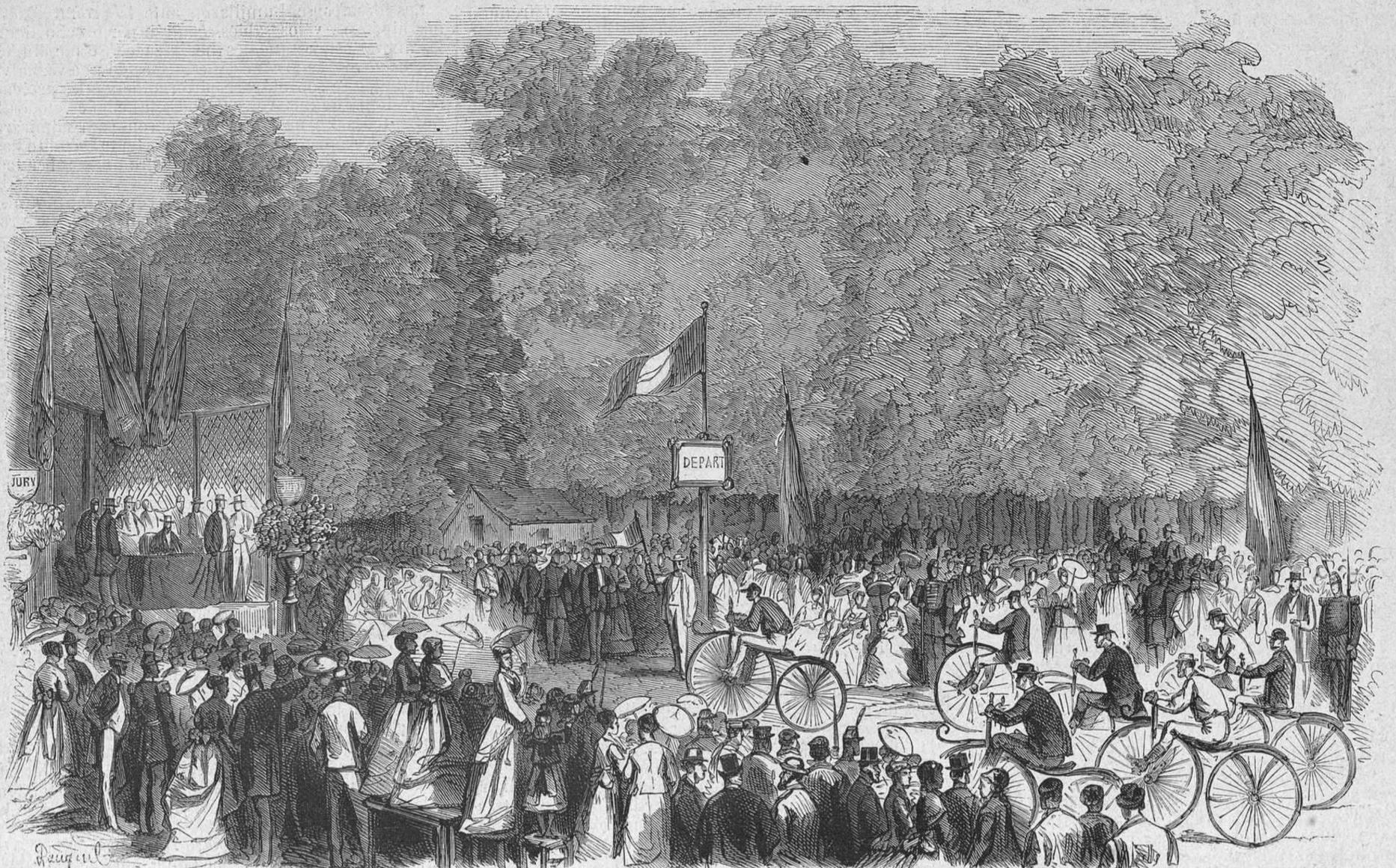
VENCEDOR DEL DERBY EN 1868.

El 13º aniversario del Derby francés celebrado en Chantilly el 24 de mayo de 1868, hará época en los anales del hipódromo. La reunion era mas que nunca numerosa y elegante, y mas que nunca tambien la incertidumbre en cuanto al resultado de la lucha, agitaba á la multitud ávida de emociones y á los profetas del turf.

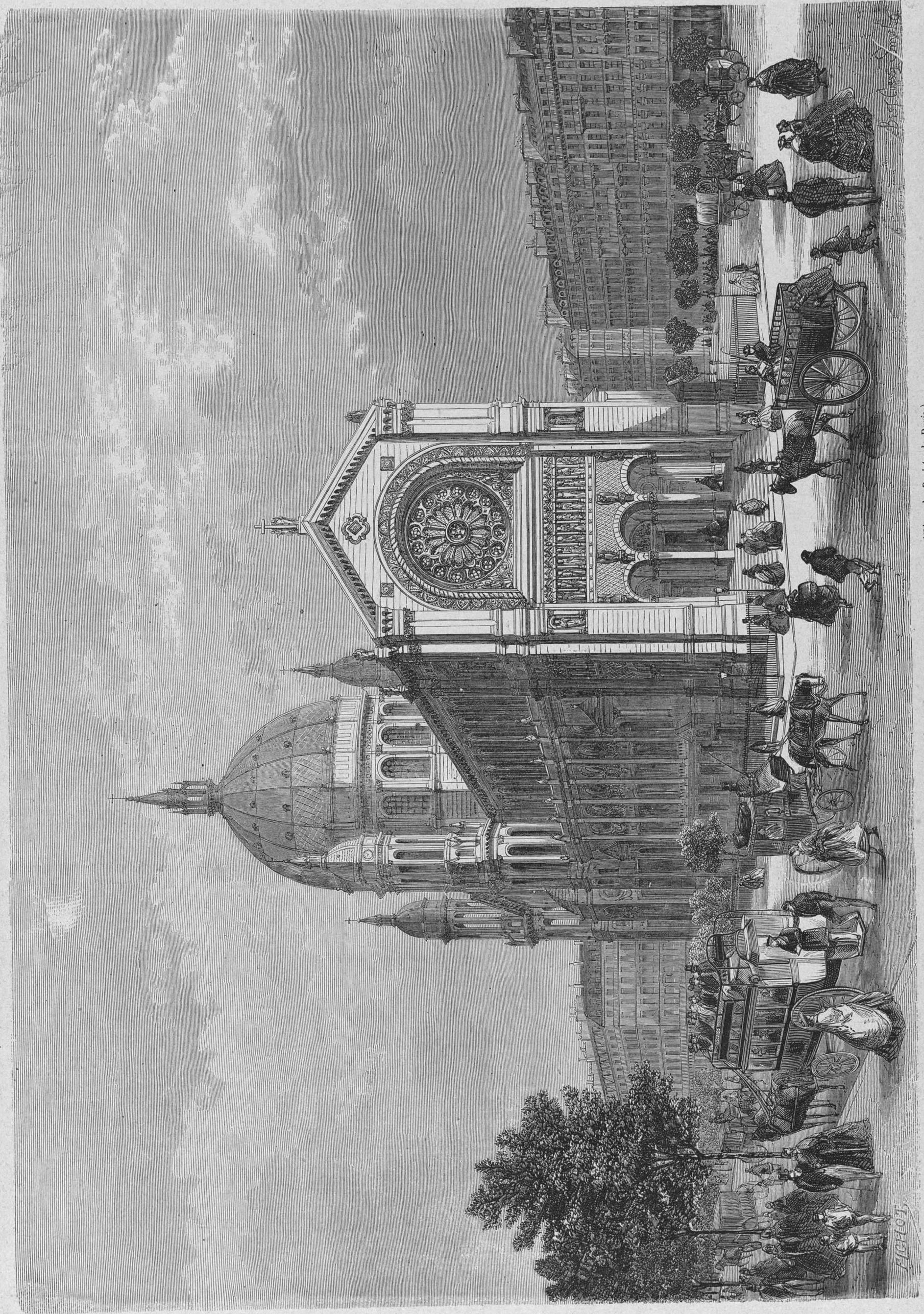
La primera vez que se disputó el premio del Jockey Club en 1855, Monarca, de M. Aumont, inauguró en la pradera de Chantilly la era victoriosa de la sangre de *The Baron*, que conti-

nuaron *Potocki*, la *Touques* y *Patricien*, vencedores del Derby en 1857, 1863 y 1867. Esta gloriosa tradicion, unida al prestigio de los caballos del conde de Lagrange, agrupaba numerosos partidarios en torno de *Gondolier*, el representante de la caballeriza de Royal-Lieu. Sin embargo, se apostaba con ardor aquí por *Pietro*, allí por *Governail*, y allá por *Suzerain*.

La victoria reciente y fácil de este último en Paris en el premio del emperador, se hallaba presente á todas las



Carreras de velocípedos en Saint-Cloud, el 31 de mayo de 1868. — (Véase la Revista de Paris.)



PARIS. — Iglesia de San Agustín inaugurada el 28 de mayo de 1868. — (Véase la Revista de Paris.)

memorias, así como se recordaban también los triunfos de *Bois-Roussel* en Chantilly, en 1864, y del rápido *Vermouth*, en el gran premio de París, hijos entrambos, como *Suzerain*, de *The Nabob*; pero á pesar de todo, el favor de las apuestas no recaía de un modo absoluto en ninguno de los competidores.

La campana llama á los caballos á la pista: sesenta y seis había inscritos, de los cuales solo corrieron nueve. Después de una reñida lucha, *Suzerain* llegó el primero, y el segundo fué *Gondolier*, hijo de *Monarque*. El caballo de M. Schikler añadió una nueva palma á la gloria de *The Nabob*.

*Suzerain*, cuyo retrato damos, es un robustísimo potro negro, nacido en la yeguería de la Celle-Saint-Cloud, y por su madre *Bravery*, es hermano de *Rupee*, vencedor de la Copa en Ascot. *Suzerain* no había corrido más que una vez, cuando el premio del emperador, que ganó. El trabajo de su enseñanza fué confiado á Pryor, americano célebre en Inglaterra por sus triunfos, y que solo está en Francia hace seis meses.

El jockey que montó á *Suzerain* en Chantilly es el famoso Fordham, cuya fama está tan reconocida en Inglaterra como en Francia. Sin embargo, Fordham no había ganado nunca el Derby francés ni el Derby inglés; prometíase conquistar estas dos coronas en el mismo año, pero *Lady Elisabeth*, que montaba en Epsom, engañó sus esperanzas.

*Suzerain* está inscrito para el gran premio de París, siendo el campeón de la Francia en esa prueba donde no deben figurar, como tampoco figuraron en Chantilly, ni *Nortimer*, ni *Nelusko*, ni el *Pompier*, los mejores caballos de M. de Lagrange, y puede decirse del año. Anunciase que los más temibles corredores de Inglaterra se presentarán en el hipódromo de Longchamps. Veremos quién se lleva el lauro.

P. DE L.

### Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

La secreta angustia que le oprimía el corazón, le asaltó de nuevo, y luego después experimentó un malestar al ver que sus apuros pecuniarios eran motivo de conversacion en el extranjero. Las advertencias vagas y poco precisas nada le revelaban para su gobierno, y no hacían más que humillarle. Durante largo rato guardó un sombrío silencio, pero como en la carta Antonio daba noticias de Eugenio, hizo un esfuerzo y dijo al fin:

— Me escribe un señor Wohlfart, que viaja por negocios comerciales por el país en que se encuentra tu hermano, y que ha contraído amistad con él.

— ¡El! exclamó Leonor.

— Parece que se ha hecho hombre de alguna importancia, continuó el baron, procurando contener su sobresalto. Habla de Eugenio con caloroso afecto.

— ¡Sí! exclamó Leonor radiante de contento. En cuanto se le trata, manifiesta toda la generosidad y toda la bondad de que está dotado. ¡Qué casualidad! Conocer al hermano y á la hermana. ¿Qué es lo que te escribe, padre mío?

— Me hace advertencias que muestran indudablemente la bondad de su corazón, pero que no pueden serme de grande utilidad. Esos jóvenes aturdidos han oído algún falso rumor esparcido por la malevolencia, y se han atormentado inútilmente á causa de mis negocios.

Después de estas palabras, el baron se trasladó con paso tardo á su fábrica. Leonor le siguió llena de inquietud. Al fin desdobló un periódico, y recorriendo maquinalmente las columnas del mismo, su mirada se paró en un anuncio judicial. Un sombrío rubor coloró imperceptiblemente sus mejillas, soltó el periódico, se cogió con las dos manos á un carruaje y apoyó en ellas la cabeza. Leonor, asustada, recogió el periódico y leyó en él el nombre del dominio polaco en el cual su padre, como ella no ignoraba, tenía empleado un capital inmenso. A consecuencia de un concurso de acreedores, la venta de este dominio en pública subasta, acordada judicialmente, debía verificarse en época muy próxima.

Esta noticia dejó al baron como herido por un rayo. Habiendo gravado su propiedad, la colocacion de su capital sobre una finca en el extranjero, le había parecido el medio mejor para realizar su fortuna. Con frecuencia se había preguntado si no era una locura en él fiar á otros su dinero en país extranjero, mientras él se veía obligado á tomar prestado con condiciones onerosas. Siempre había titubeado en arriesgar en sus empresas una suma tan considerable, que miraba como la herencia de su mujer y el dote de su hija. Ahora esta suma estaba también comprometida. La última seguridad desaparecía. Todo en derredor de él vacilaba y estaba en peligro. Ehrental le había engañado, porque él era el que había mantenido la correspondencia con el apoderado del conde polaco. El último semestre, todavía le

había pagado los intereses del capital. No cabía duda alguna, Ehrental tenía conocimiento del mal estado del dominio polaco, y se lo había ocultado.

— Padre mío, exclamó Leonor acercándose al baron, cálmate, procura tener una entrevista con Ehrental, y consulta con tu notario. Bien habrá todavía algún medio de evitar esa desgracia.

— Tienes razón, hija mía, dijo el baron con voz casi exánime. Puede que el peligro no sea todavía tan inminente. Haz enganchar. Corro á la ciudad; no digas á tu madre una palabra sobre lo que has leído en el periódico, y tú, querida, tú me acompañarás.

Cuando se presentó el coche, el baron se encontraba todavía en el mismo sitio en que la desastrosa nueva le había herido en el íntimo del corazón. Durante todo el trayecto, permaneció acurrucado en un rincón del coche sin preferir una palabra.

Cuando llegó á la ciudad, condujo á su hija á la casa que había conservado siempre para no despertar sospechas en el ánimo de su esposa y en el de sus conocidos sobre el mal estado de sus negocios. Luego se trasladó á casa de Ehrental. Entró lleno de enojo en el escritorio, y después de un saludo marcadamente frío, presentó al agente el anuncio inserto en el periódico.

Ehrental se levantó lentamente y dijo con un ligero movimiento de cabeza:

— Ya lo sé, Læwemberg me ha escrito respecto á eso.

— Habéis abusado de mí, señor Ehrental, dijo gritando el baron, y procurando inútilmente conservar la calma.

El agente se encogió de hombros.

— ¿Porque os he ocultado lo que el periódico debía comunicaros? Eso sucede con frecuencia con cualquiera posesion, con cualquiera hipoteca. Y ¿qué mal hay en todo eso?

— Los negocios del conde de Zaminski están en mal estado. Hace ya mucho tiempo que vos lo sabéis, dijo el baron con acritud. Me habéis engañado.

— ¿Qué es eso de engañar? repuso Ehrental encolerizado. Cuidad de que algún extraño no oiga vuestras palabras. Teniendo empleado mi dinero en vuestra casa, ¿qué interés me induciría á aumentar vuestros apuros? Yo mismo me he equivocado tratando con vos (al decir estas palabras mostró el sitio donde el hombre tiene ordinariamente colocado el corazón). Si yo hubiera sabido que esa fábrica devoraría mi dinero, millar sobre millar de escudos, lo hubiera pensado dos veces antes de entregaros ni un sueldo. Preferiría tener que mantener un rebaño de elefantes, antes que atender al sosten de una fábrica. ¿Cómo podéis decir que yo os he engañado? continuó con creciente acaloramiento.

— Habéis tenido conocimiento de la bancarota, dijo el baron, y me habéis ocultado en qué estado se hallaban los negocios del conde.

— ¿He sido yo acaso el que os ha vendido la hacienda? preguntó Ehrental irritado. Yo he retirado por vos cada medio año los intereses; este es el engaño que he cometido. Además, os he adelantado mucho dinero, y este es otro engaño.

Después con tono más conciliador, continuó:

— Examinad el negocio con más calma, señor baron, es otro acreedor quien ha pedido la venta del dominio; los tribunales no nos han comunicado esa declaracion, ó tal vez han equivocado la direccion. Y ¿qué importa después de todo? Después de la venta judicial, os reembolsarán el capital, y podéis pagar las deudas con que vuestra propiedad está gravada. Según yo creo, hay grandes terrenos afectos al dominio polaco, y no teneis nada que temer.

Con esta esperanza problemática salió el baron de casa de Ehrental. Subió al coche muy abatido y gritó al cochero:

— A casa del abogado Horn.

Al llegar á la mitad del camino, dió contraórden, á causa de haberse enfriado las relaciones con su antiguo amigo el legista. Había resistido á confesarle sus apuros pecuniarios y los disgustos incesantes que le ocasionaba su posición; además, contrariado por algunos buenos consejos de aquel hombre honrado, había recurrido después con frecuencia á otros letrados.

Itzig, fingiendo una extremada delicadeza, se salió del escritorio, en cuanto percibió en la calle los caballos del baron. Luego que este se retiró, asomó de nuevo la cabeza á la puerta del gabinete de su principal.

— Y bien, ¿cómo lo ha tomado? preguntó.

— ¿Cómo queréis que lo haya tomado? contestó Ehrental mostrando descontento. Se rebullía como un pez cogido en la red, cogía el cielo con las manos, y yo también he sufrido algún percance. He enterrado mi dinero en su propiedad, y ahora, por haber seguido vuestros consejos, tengo tantos cuidados como cabellos en mi cabeza.

— ¿Creeis acaso que una posesion señorial se os va á venir á la mano sin más ni más, y que no teneis otra cosa que hacer que cogerla? Me causais mucha pena, dijo Veitel maliciosamente.

— ¿Qué haré yo con esa fábrica? La propiedad tal como estaba antes, valía dos veces más á mis ojos que ahora con la grande chimenea.

— Cuando sean vuestras las chimeneas, vendereis las tejas, dijo Veitel irónicamente. Había olvidado advertiros que mañana aguardo la visita de un amigo de mi país, y que no podré asistir al despacho.

— Durante el año os habéis ocupado con tanta fre-

cuencia de vuestros propios negocios, respondió Ehrental con aspereza, que casi creo que me sería indiferente veros ausentar de mi despacho por mucho más tiempo.

— ¿Sabéis bien lo que significan vuestras palabras? Pues me decís: «Itzig, ya no te necesito, puedes irte cuando quieras.» Pero yo me iré cuando me plazca, y no cuando vos queráis.

— Os mostrais hoy muy atrevido, Itzig. Os prohibo que useis en mi casa ese tono. ¿Quién sois vos para hablar así?

— Soy el hombre que está al corriente de todos vuestros negocios, que puede perderos cuando quiera; sin embargo me intereso más por vos que vos mismo, y pasado mañana cuando yo volveré al escritorio me diréis: «Buenos días, Itzig.» ¿Me habéis comprendido, señor Ehrental?

Cogió su gorra y se marchó corriendo á la calle. La cólera que había estado reprimiendo estalló entonces con fuerza, y pronunciando palabras amenazadoras agitaba vivamente las manos. Ehrental se entregó á los mismos extremos en su escritorio.

Cuando el baron volvió al lado de su hija, se sentó melancólicamente en el sofá, y las palabras afectuosas de Leonor no llegaban á su corazón. Nada le detenía en la ciudad, como no fuese el temor de tener que anunciar á la baronesa las afflictivas nuevas. Formaba proyectos sobre proyectos para conjurar la ruina con que se veía amenazado, y se pintaba con los colores más negros las funestas consecuencias que este suceso tendría para el porvenir de su familia. Entre tanto Leonor estaba sentada, guardando profundo silencio, delante de la ventana, y seguía con la vista la multitud callejera, miraba cómo corrían y transitaban por la calle los coches y los carros, examinaba aquellos hombres atareados ó ociosos que pasaban por las aceras, corriendo tras del lucro ó de los placeres. Y mientras Leonor se preguntaba si entre todos aquellos que pasaban un solo habría sentido el secreto pesar, el temor y el desaliento que durante los últimos tiempos habían agobiado su joven corazón, más de un viandante levantaba sus ojos hácia las ventanas del soberbio edificio, y al percibir á la joven beldad, fijaba admirado su vista en ella; tal vez envidiaba la dicha de los poderosos que pueden mirar tranquilamente desde su elevacion á las personas obligadas á trabajar con afán para ganar la subsistencia.

Empezaba á esparcirse la oscuridad por las calles; la luz de los faroles reflejaba una pálida claridad en la habitacion. Leonor observaba las sombras y las líneas que la luz dibujaba en las paredes del aposento. A medida que aumentaba la oscuridad era más viva su inquietud.

Delante de la puerta de la casa había dos hombres que conversaban acaloradamente. Uno de ellos entró; sonó la campanilla y un momento después pesados pasos resonaron en la antecámara. El criado anunció á M. Pinkus. Al oír este nombre, el baron se estremeció, pidió una luz y pasó á la habitacion vecina.

El anciano posadero fué admitido á la presencia del baron, inclinó varias veces su gran cabeza, pero no se dió prisa á hablar. El baron apoyó la cabeza en el brazo cuyo codo descansaba en la mesa, como un hombre dispuesto á oír cuanto tuvieran que comunicarle.

— ¿Qué es lo que os trae tan tarde á mi casa?

— Señor baron, mañana vence la letra de cambio de diez mil escudos.

— ¿Por lo que veo os cuesta mucho trabajo aguardar el momento en que prorogando el plazo del pago, deba abonaros el diez por ciento de interés? preguntó el baron en tono despreciativo. Yo creía que no estaba obligado á practicar esta operacion hasta mañana.

— Puesto que no os encuentro en disposicion de hacer ese cálculo en este momento, contestó Pinkus, no insisto. Vengo á avisaros que me encuentro de improviso en una situacion en que necesito dinero. Me veo obligado á rogaros que me entreguéis mañana mis diez mil escudos.

El baron dió un paso atrás. Este fué un segundo golpe con que le birió su atroz destino. Su corazón ya había sentido que sucedería todavía alguna otra cosa que le abrumaría con su peso. Sabía hasta la evidencia que todo cuanto dijera sería inútil. Su rostro estaba cubierto de un amarillo mate, cuando con voz ronca repuso:

— ¿Cómo podéis hacerme esa demanda después de lo que hemos convenido entre los dos? ¿Cuántas veces me habéis afirmado que esa letra de cambio no era más que una mera formalidad?

— Efectivamente no ha sido más que una formalidad hasta hoy, dijo Pinkus, pero ahora esto se convierte en una obligacion precisa. Tengo que satisfacer mañana sin excusa diez mil escudos á uno á quien dí mi palabra.

— En ese caso, hablad á ese hombre, dijo el baron, estoy pronto á haceros nuevas concesiones; pero en este momento me encuentro en completa imposibilidad de pagarlos.

— Entonces, señor baron, tengo el sentimiento de deciros que como es de justicia se procederá contra vos. El baron calló y se desvió un poco.

— ¿Cuándo podré volver mañana para recibir mi dinero? preguntó Pinkus,

(Se continuará.)



## PERIODICO DE LAS NOVEDADES ELEGANTES, DESTINADO A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

FIGURINES DE MODAS ILUMINADOS. — PATRONES. — CRONICAS DE LA MODA. — MODELOS DE TRAJES. — LABORES A LA AGUJA, TAPICERIAS, CROCHETS, BORDADOS, TOCADOS, ETC.

### Crónica de la Moda.

**SUMARIO.** — Rivalidad entre los trajes cortos y los trajes largos. — La cuestión del pié pequeño. — Las excentricidades de la moda. — Los trajes de día y los trajes de noche. — El estilo Luis XVI. — Los tontillos. — Descripciones de trajes. — La gasa de Chambéry. — Los vestidos de baile. — Trajes de señoritas. — Los sombreros de campo y los de vestir. — Enumeración de los modelos mas elegantes. — La ropa blanca. — Las confecciones de encaje. — Dos talismanes para la conservación de la hermosura.

Existe una rivalidad muy marcada entre los trajes cortos y los trajes largos. Mientras las señoras cortas de estatura y delgadas están por los primeros, las señoras robustas y majestuosas se inclinan con no menos empeño á los segundos.

Luego surge aquí tambien una cuestión que es de grande importancia, la de llevar el pié descubierto. En París los piés menudos y perfectos no abundan, y así es que á pesar de todos los ensayos que puedan hacerse con los trajes cortos, no es dudoso que los largos triunfarán definitivamente.

Sin embargo, no se asusten las damas de pié microscópico, pues las salidas matutinas, los baños de mar y la estancia en el campo, les permitirán lucir el traje corto.

En punto á excentricidades parece que no bastaba con esos tontillos tan acentuados, erigidos por la moda. A la crinolina se reúnen no uno, sino dos tontillos para completar el estilo Luis XVI: esto es cosa decidida.

Hasta que se cierre la Exposición de pintura, allí es donde se reúnen todas las tardes las elegancias de París, que por la noche vienen á encontrarse bajo otro aspecto en el concierto de los Campos Eliseos.

Para el día se adoptan los trajes mas ligeros y vaporosos, que casi todos son de forma corta. Los vestidos largos se recogen del modo mas gracioso que es posible, pero regularmente nunca hacen el efecto de los otros. Por esta razón si el traje redondo y corto es ridículo en un baile, no lo es por cierto para salir de día.

Además, con esta boga del estilo Luis XVI el traje corto está lindísimo; las primeras casas de París rivalizan en buen gusto y originalidad para hacer esos recogidos tan particulares que llevan las faldas.

Una princesa que acaba de contraer matrimonio, ha recibido de una de estas famosas casas una colección de trajes, de la cual describiremos los siguientes:

Primeramente un traje Watteau.

La primera falda, de fular azul con cuerpo escotado de forma cuadrada, está velada por un vestido Watteau alto, de gruesos pliegues por detrás formando segunda falda.

Esta última está recogida por detrás mediante unos lazos de raso azul.

Otro vestido del mismo estilo, es de poulte de seda

color de cereza y está recogido á la Camargo, con lazos de color de cereza.

Luego habia una porción de trajes mas sencillos, de tela mejicana, enteramente del mismo tono, ó bien de fular color de hoja seca.



Nº 1. Traje de campo.

La gasa de Chambéry está muy á la moda.

Estos vestidos de gasa de Chambéry se hacen de larga cola sobre un viso de tafetan del mismo color, adornados con un sesgo de raso sobre el cual se destaca un galon blanco.

Hemos visto un traje de esta especie de color de cereza.

El sesgo formaba un delantal puntiagudo por delante que subia sobre las caderas á 20 centímetros del talle. Un adorno llamado *engageante*, de anchas puntas cuadradas, pasaba sobre unos fruncidos dependientes del paño detrás.

Estos fruncidos se montan sobre la falda á 30 centímetros del talle, y la banda atravesada que los fija es de gasa de Chambéry de doble cabeza.

Dos sesgos pasan sobre esta banda, adornada en la parte inferior con una franja de felpilla cereza y blanca. El mismo adorno se encuentra sobrepuesto en las grandes puntas cuadradas de la *engageante*.

A cada lado del vestido hay seis lazos de tela.

Un cuerpo con berta cruzada por delante y por detrás, está guarnecido por el mismo estilo.

Este traje tenia otro cuerpo alto y adornado con una blonda en la escotadura y en las bocamangas, y llevaba igualmente una berta cruzada.

El cinturón de la misma tela y con franja, se fija por medio de un lazo.

Citaremos otro traje de gasa de Chambéry color de rosa.

Este vestido es redondo. La primera falda lleva dos volantes recortados á ondas menudas de color de rosa y ligeramente fruncidas.

Los volantes tienen 15 centímetros de altura por delante y 8 por detrás.

Dos abullonados guarnecen la segunda falda; los fruncidos de la falda, detenidos por un gran sesgo de tafetan, forman otro abullonado que, como los dos primeros, se quedan aplastados por delante y fruncidos por detrás.

Cada sesgo está orillado con una guipure blanca.

En cada abullonado se ven hácia los lados los lazos de tafetan con puntas no muy largas. En el delantero hay otros lazos que se fijan sobre un sesgo orlado de puntilla de guipure.

El cuerpo alto, tiene una pequeña esclavina redonda y una faldeta redondeada, recogida por detrás con un lazo de tres puntas. La esclavina está guarnecida con un sesgo y una guipure, así como las mangas, que son angostas.

No menos elegante es un traje Watteau, compuesto de un vestido de tafetan azul, guarnecido con tres abullonados, así como la escotadura.

Una casaca Watteau cubre en parte el cuerpo, y esta casaca es de gasa de Chambéry blanca con anchas rayas azules, sobre las cuales se destacan ramos de margaritas.

La casaca, hecha con el pliegue Luis XV en medio de la espalda, se recoge á cada lado por medio de gruesos lazos compuestos con cintas azules de diferentes anchos.

Un lazo semejante se coloca por detrás sobre el abullonado de la casaca escotada.

Nada mas lindo que la gasa de Chambéry para vestido de baile.

En el último baile de la emperatriz Eugenia una se-

ñora de la aristocracia extranjera llevaba un traje de gasa de Chambéry color de rosa-fantasia, de larga cola, y todos los adornos eran de raso. El tontillo, formado por numerosos fruncidos, era de una tela orlada de raso y con franja.

El cuerpo era escotado, con una preciosa berta y las mangas abullonadas.

El mismo traje se hace para baños de mar, con un cuerpo alto y mangas lisas, adornadas con ondas guarnecidas de raso. Los botones y los ojales llegan hasta el codo. El tontillo está guarnecido con sesgos y una bonita franja.

Para señoritas jóvenes se hacen muchos trajes de seda de todos colores. Sobre todo el azul está muy en boga.

Hé aquí un bonito ejemplo de estos trajes tan sencillos como elegantes.

Este vestido se compone de una falda de tafetan cubierta con otra tela del mismo matiz.

Un pequeño volante fruncido, cortado al sesgo y coronado de galones poco aparentes, sigue el contorno de esta segunda falda tendida sobre el delantero y recogida hácia los lados con una cartera de tafetan que ahueca la falda en forma de tontillo y hace un lazo por debajo.

El cuerpo es escotado, de forma cuadrada, con mangas lisas enlazadas en la sisa, con una cinta del mismo color que deja dos cabos detrás de los hombros.

Además el cuerpo está adornado con un pequeño volante.

También se hacen trajes de fular con una bonita guarnición de galoncitos de color, y una esclavina con capucha.

Los trajes de tafetan color de castaña claro son muy lindos. Estos vestidos van orlados con un color más oscuro. La falda lleva un delantal rodeado con una banda de tafetan liso color de castaña oscuro, y en la orla un adorno de pasamanería negra punteada de color de paja. En el bajo del delantal hay un pequeño volante rizado, y en cada punta un lazo.

Completa el traje una pequeña casaca estrechada al talle con un bonito cinturón de capricho con largos cabos. En el bajo de la casaca hay un pequeño rizado adaptado á un sesgo de tafetan negro. Las mangas son ajustadas.

Por último, citaremos igualmente un traje de dos faldas de muselina de la India, color azul oscuro y granate.

La falda de debajo es de muselina y lleva en el bajo un plegado de cinta granate puesto entre dos bandas festoneadas. La de encima, de *fantasia-granate*, se recoge por un solo lado bajo una cartera formada con galones. En el borde de esta falda hay tres hileras de guipure granate. El cuerpo está abierto en punta sobre un pequeño plastron hecho con galones y guipure. Las mangas son cortas.

Los sombreros de campo están á la orden del día, y las señoras elegantes, en el momento de emprender sus viajes, hacen provision de estos sombreros nuevos de formas tan encantadoras.

El lindísimo sombrero compuesto de una corona de espigas y flores silvestres con larga banda de tul paja, que ha sido tan admirado en las carreras de Chantilly, obtiene los honores de la boga. No es menos elegante un sombrero redondo de alas abarquilladas, coronado de gajos de uvas moscateles con pámpanos naturales, y que llevaba una joven de cabello dorado.

Los sombreros de vestir se componen de alas muy angostas guarnecidas de coronas de flores ó de *pouffs* María Antonieta. Las cintas continúan anudándose bajo el rodete, y se reemplazan por delante con un collar de encaje ó una banda de tul.

Los velos de tul ilusión están muy en moda con la ardorosa temperatura de que disfrutamos.

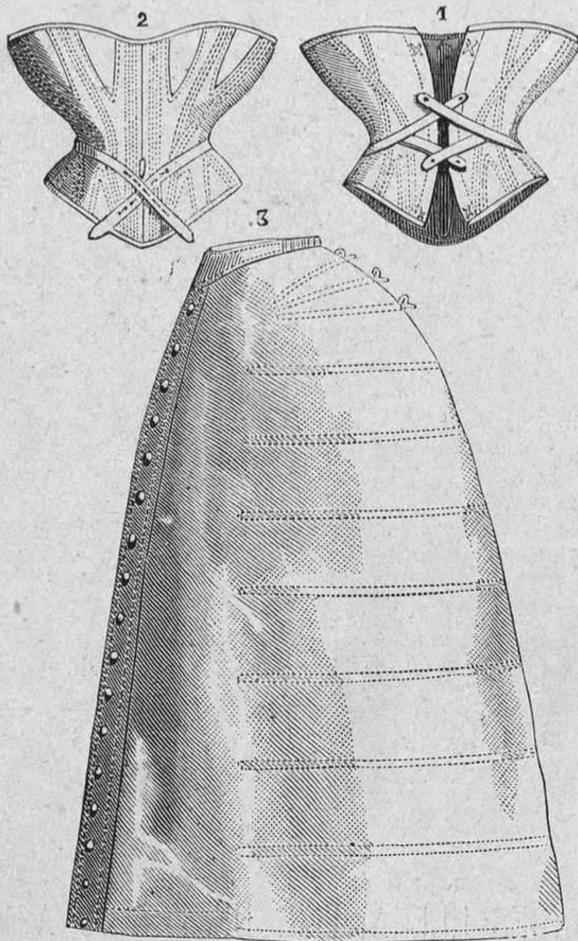
Citaremos algunos modelos de sombreros.

El primero es de encaje negro guarnecido de flores silvestres puestas por delante y por detrás; las cintas están adornadas de encaje y tienen un bonito lazo.

Otro es de paja de arroz de forma redonda y alta, y está guarnecido de lilas y rosas. Borde de terciopelo negro. Cintas de tul reunidas por un ramillete.

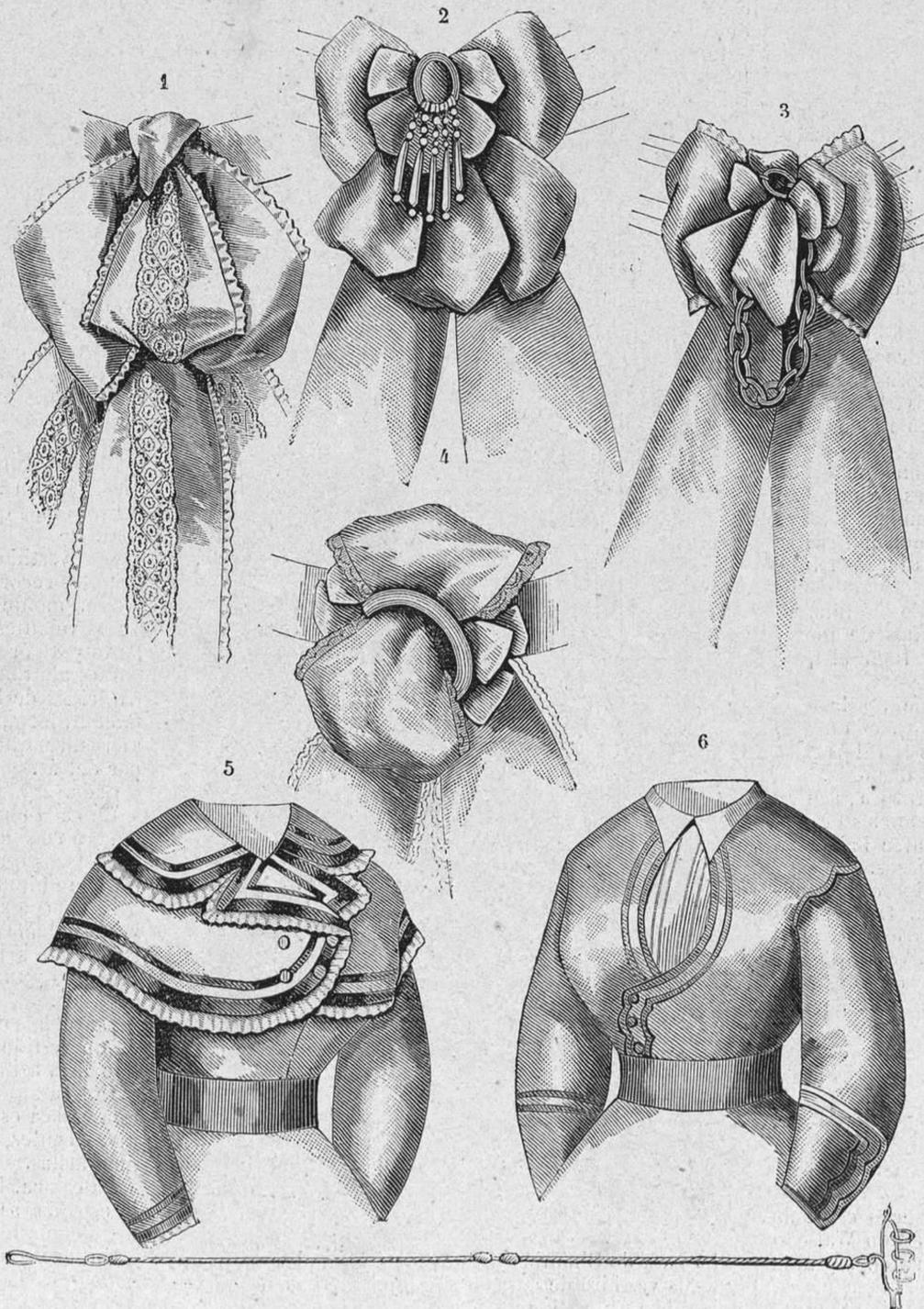
Otro es de encaje con un gran velo, y lleva por delante cinco pajarillos exóticos del color del vestido.

Otro es de tul blanco azulado, y se compone de un copo sosteniendo florecillas azules naturales que caen en un largo rastro por el lado izquierdo. Un cabo



Nº 2. Corsés y enagua.

de cinta de tafetan negro se aísla detrás de la cabeza y cae sobre las puntas de un velo ilusión. Todo él está sembrado de grupos de florecillas silvestres sostenidas por yerbas. La extremidad de la cinta baja hasta el medio



Nº 3. Cuerpos y lazos.

de la espalda, y el sombrero tiene cintas de atar que pasan bajo el cabello.

Otro sombrero se compone casi enteramente de hermosas rosas de distintos matices, que forman ramo en lo alto de la cabeza, en tanto que un rastro de follaje se inclina hácia el hombro. Una mantilla termina el sombrero.

También se hacen *fanchons* de forma redonda de tul color de vino abullonados entre intervalos de sesgos de cinta del mismo color. Sobre el delantero del sombrero hay una diadema de follaje de colores sombríos, para que se armonicen con el matiz del tul, y este follaje está sembrado de florecillas blancas. Un gran velo de tul del mismo color cae sobre el pecho.

Finalmente, otros sombreros de tul blanco abullonado forman una pequeña *fanchon* con franja de fleco escocés. Las flores son de raspaduras de nacar trasparente sobre el lado con follaje. Las cintas de atar son escocesas.

La ropa blanca es más lujosa cada día. En la última semana hemos admirado un canastillo de boda con la marca E. D., corona de marquesa que contenía peinadores de muselina de formas muy variadas, llenos de bandas bordadas, entredos, festones y encajes.

Había también vestidos de interior de muselina clara rodeados de una banda bordada, con puntilla de Bélgica muy estrecha. La corbata era del mismo género. Las mangas derechas un poco anchas, con bocamangas bordadas.

Otros modelos se componían de un cuello con una gorguera. Las mangas no tienen puños cerrados, pero presentan un montante confeccionado por el estilo del cuello. Este último se abre en pequeño chal sobre el pecho.

Es una *ruche* ligeramente abierta de Valencienes, y sostenida de trecho en trecho por lacitos de tafetan de color.

Los cuerpos blancos se guarnecen con elegancia, mas la variedad es tan grande, que es imposible fijar en este punto las reglas de la moda.

Lo mismo se puede decir de las confecciones. Sin embargo, en cuanto á confecciones elegantes, figuran en primer término las de encaje.

Para completar nuestras noticias, no podemos menos de decir algunas palabras sobre dos talismanes á la moda en el mundo aristocrático, que son como dos talismanes para la conservación de la hermosura. Estas dos maravillas de la ciencia nueva se llaman la *Rosa de Chipre* y el *Blanco de Paros*, de V. Rochon, mayor, y preparadas por un médico, ofrecen todas las garantías apetecibles. En el día han venido á ser absolutamente indispensables á toda señora que desee conservar ó recuperar fácilmente y de un modo invisible, el brillo, la frescura y el encanto de la primera juventud.

En los discretos salones del *Office hygiénique*, núm. 17, calle de la Paix, piso principal, está el depósito de estas útiles preparaciones, y de allí se envían á las mejores casas de ambos mundos.

JULIA.

#### Descripción del figurín iluminado que acompaña á este número.

Primer traje.—Vestido de gasa de Chambéry color de lila, y de cola muy larga. Fruncidos por detrás sobre una traviesa de tela guarnecida de sesgos de raso adornados con un imperceptible galon blanco. Franja sobre el borde inferior de la traviesa. Un sesgo adornado forma delantal puntiagudo y sale sobre las caderas á 20 centímetros del talle con una *engageante* de anchas puntas cuadradas. Un solo lazo pasa sobre los fruncidos dejando caer anchas puntas adornadas de sesgos y de franjas; seis lacitos de la misma tela van á cada lado.

Cuerpo escotado adornado con una berta cruzada; pequeños abullonados dobles en lugar de mangas, y cinturón de la misma tela con lazo y franja.

Tocado en armonía con el traje y guante de cabritilla.

Segundo traje.—Vestido de gasa de Chambéry rosa-fantasia, falda redonda dejando ver un viso de tafetan guarnecido con dos volantes más altos sobre el delantero.

Tres abullonados que quedan planos sobre el delantero guarnecen la falda; hay un sesgo adornado de guipure blanca en cada separación y hermosos lazos

á los lados. Los lazos son de tafetan con puntas no muy largas.

Cuerpo alto con esclavina redonda de faldeta redondeada y recogida por detrás mediante un lazo de tres puntas. La esclavina está guarnecida con un sesgo y una guipure.

Manga muy corta guarnecida con un sesgo con doble guipure.

Tocado en armonía con el traje y guante de cabritilla.

Descripcion del patron de bordados que acompaña á este número.

LADO DE LOS PATRONES.

Patron del monsignor. — El monsignor, que es la confeccion mas á la moda, consiste en una capita de abate apropiada á una señora: es corto, gracioso y rizado, un manto de corte reducido en sus proporciones.

Fig. 1. Espalda de la capita monsignor.

Fig. 2. Delantero de la capita monsignor.

Patron de la esclavina-cardenal.

Fig. 3. Mitad de la esclavina-cardenal.

Patron de la esclavina-manteleta. — La esclavina manteleta se anuda por detrás.

Fig. 4. Delantero. El cinturón pasa por la abertura indicada sobre el patron, y se sujeta por detrás bajo el lazo del talle.

Fig. 5. Espalda de la esclavina-manteleta.

Patron del corselete.

Fig. 6. Delantero del corselete.

Fig. 7. Espalda del corselete.



Nº 4. Traje de paseo.

LADO DE LOS BORDADOS.

Nº 1. Ramillete para pantalla que se borda al pasado sobre seda ó al plumetis, punto de arena y calados sobre muselina.

Nº 2. Cuello con flores de lis que se borda sobre batista.

Nº 3. Pañuelo de mano sobre dobladillo que se borda la mitad sobre el dobladillo, la mitad sobre el pañuelo, al feston y con ojetes.

Nº 4. Ernestina, carácter inglés.

Nº 5. Pantallas de paño encarnado; se aplican en paño blanco y paño encarnado y se bordan con colores vivos.

Nº 6. CD, enlazadas, para funda ó mantel.

Nº 7. A L, letras inglesas, pequeñas.

Nº 8. J P, letras derechas.

Nº 9. VD, enlazadas al feston, para paño.

Nº 10. Escudo plumetis para punta de pañuelo, ó poniéndole en medio para funda de almohada, cifras y P, cruzadas.

Nº 11. Guirnalda para funda de almohada, calados al borde para que pase un encaje.

Nº 12. J J G, imperiales, flores para pañuelo.

Nº 13. M G, flores para pañuelo.

Nº 14. L A D, letras góticas.

Nº 15. BS, cruzadas, para pañuelo.

Nº 16. Escudo plumetis para el medio de una funda de almohada, S T, florido.

Nº 17. Funda de almohada, feston y plumetis.

Nº 18. Puño del cuello Nº 2.

Nº 19. M G, góticas.

Nº 20. CB, enlazadas, para servilleta.

Nº 21. E C, góticas.

Nº 22. M P, letras derechas.

Nº 23. A P, letras derechas.

Nº 24. Justina, letras floridas.

Nº 25. F F B, imperial, para servicio.

Nº 26. Anita, letras góticas.

Nº 27. Tocado que se borda en aplicacion.

Nº 28. María, para punta de pañuelo.

Nº 29. Pañuelo plumetis, punto de armas y calados.



Nº 5. Traje de calle.



Nº 6. Traje de calle.

Trajes, tocados, labores y demás cuyos dibujos se intercalan en el texto.

#### Nº 1. Traje de campo.

El traje de campo que lleva la figura Nº 1, se compone de un vestido de fular blanco crudo. La primera falda está adornada con un volante rizado, coronado con una guirnalda de hojas enlazadas bordadas de raso verde esmeralda. La segunda falda, redondeada y abierta á cada lado, lleva el mismo adorno, así como el cuerpo y el cinturón de tres puntas colgantes. — Sombrerito de campo bajo de forma; lazo de raso verde puesto por detrás y adorno de flores por delante.

#### Nº 2. Corsés y enagua.

El Nº 2 representa dos modelos de corsés y uno de enagua. Este corsé, que se llama *Express* y se adapta fácilmente á todos los vestidos, da mucha gracia al talle, se estrecha ó se afloja sin que sea necesario desnudarse, y deja toda libertad á los movimientos.

La enagua ó ahuecador del mismo grabado, se llama *Regente*, y se reserva para los trajes cortos. Este ahuecador, ingeniosamente confeccionado, repele todas las faldas hácia atrás y no se levanta nunca, conservando siempre la forma que tiene en nuestro dibujo.

#### Nº 3. Cuerpos y lazos.

Con el Nº 3 hallarán nuestras lectoras una colección de modelos de lazos y cinturones elegidos entre los más recientes creados por la moda.

El cinturón Nº 1 se compone de tres cocas caídas de ancha cinta orillada con una pequeña ruche; en medio de la cinta hay un ancho entredos de guipure.

El modelo Nº 2 presenta cinco anchas cocas en medio de las cuales hay dispuestas otras cinco más pequeñas, retenidas por un anillo de azabache que completan cinco colgajos de azabache.

El tercer cinturón está formado de dos anchas cocas rizadas, con lazo de capricho en medio, sosteniendo una cadena de azabache ó dorada.

Finalmente, el cinturón Nº 4 ofrece un ancho lazo guarnecido de encaje, cuyas dos partes principales puestas á lo largo, están separadas por un anillo.

El cuerpo Nº 5, liso y de talle redondo, tiene una esclavina Robespierre con ancho cuello marino y de solapas, la cual se abotona de lado. Este cuerpo está guarnecido con dos hileras de terciopelo ó de cinta de altura desigual, y un pequeño volante plegado.

El otro cuerpo (Nº 6), abotonado arriba por un botón, se abre sobre el pecho para abotonarse luego sobre el talle. Mangas casi ajustadas, adornadas con galones que figuran la bocamanga.

El Nº 7 representa un modelo del porta-vestido *Macadam*, que se adapta fácilmente á todos los trajes, y que usan las señoras en París para recogerse las faldas. La figura Nº 6 lleva este porta-vestido.

#### Nº 4. Traje de paseo.

La figura Nº 4 lleva un traje de paseo sencillo relativamente á las modas del día. Primera falda de tela de fantasía color de abejorro claro, adornada por abajo con un volante y cuatro rizados angostos formando una gruesa ruche. Segunda falda gris recogida á la paisana con lazos adecuados al color de la primera falda. Manteleta paisana color de castaña con ancho capuchon gris y lazo. — Sombrero de blonda muy pequeño de forma, sin más adorno que una rosa. El conjunto de este traje es graciosísimo.

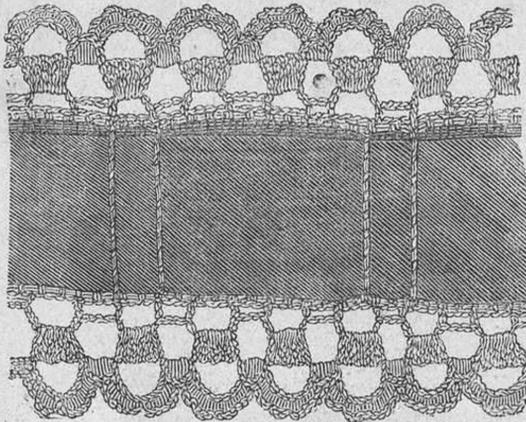
#### Nº 5. Traje de calle.

La figura Nº 5 lleva un traje de calle que puede servir también para convite en casa de campo. Compónese de una falda larga lisa de valencias color de malva con segunda falda formando túnica abierta por el lado. La abertura se disimula con una cartera que figura bolsa limosnara. Cuerpo escotado de forma cuadrada con camiseta plegada.

Sombrero redondo, bajo y casi sin alas,



Nº 7. Gorra-redecilla al crochet.

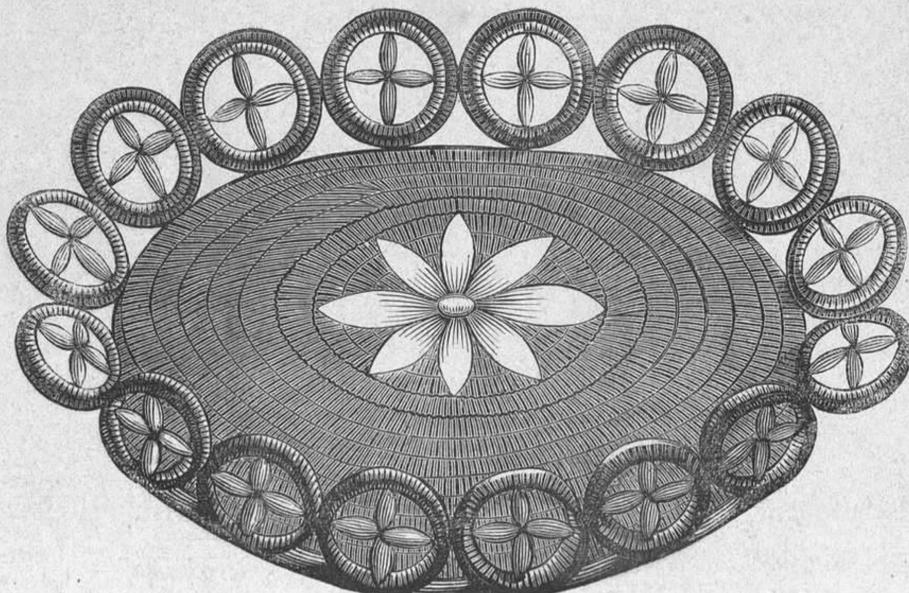


Nº 8. Puntilla para la gorra-redecilla.

de crin blanca. El adorno es una cinta rizada. Por delante lleva tres margaritas.

#### Nº 6. Traje de calle.

La figura Nº 6 ofrece un traje corto para por la calle. Este traje de mohair gris fieltro, está adornado en el bajo de la falda con rombos de tafetan glaseado castaño y negro. Segunda falda recogida de lado por el porta-vestido *Macadam*, y guarnecida de rombos menu-



Nº 9. Platillo al crochet.

dos también de color de castaña. — Sombrero de blonda color de castaña, con rosas graciosamente dispuestas en *fontange* y bajo la barba.

#### Nºs 7 y 8. Gorra-redecilla al crochet.

Materiales: 1 metro 30 centímetros de cinta de tafetan de color; algodón inglés núm. 80; un crochet de acero fino.

Esta gorrita al crochet que se usa mucho para por la mañana, se compone de un casco y de una banda calada por la cual pasa una cinta imitando el ala y orlada con una puntilla.

Se comienza en medio del fondo por 10 puntos en el aire que se reúnen en redondel, y luego se trabaja volviendo siempre.

1ª vuelta. Picando en los puntos, se hacen 22 puntos altos dobles, siempre separados entre sí por 1 punto en el aire.

2ª vuelta. 44 puntos altos, siempre separados por 1 punto en el aire. Estos puntos altos se hacen en los puntos altos y en los puntos en el aire de la última vuelta.

3ª vuelta. 1 punto alto sobre el punto en el aire. — 2 puntos en el aire, etc.

4ª vuelta. 1 punto alto sobre el punto en el aire. — 2 puntos en el aire, etc.

5ª vuelta. 2 puntos altos sobre los puntos en el aire. — 2 puntos en el aire, etc.

6ª vuelta. Como la última.

7ª vuelta. 2 puntos altos sobre los puntos en el aire. — 3 puntos en el aire, etc.

8ª, 9ª y 10ª vueltas. 3 puntos altos. — 3 puntos en el aire, y así seguidamente.

11ª vuelta. 3 puntos altos. — 4 puntos en el aire, etc.

12ª, 13ª, 14ª y 15ª vueltas. 4 puntos altos. — 4 puntos en el aire, etc. (Los puntos altos van siempre en los puntos en el aire de la vuelta anterior).

16ª vuelta. 4 puntos altos. — 5 puntos en el aire, etc.

17ª y 18ª vueltas. 5 puntos altos. — 5 puntos en el aire, etc.

19ª vuelta. 5 puntos altos. — 6 puntos en el aire, etc.

20ª vuelta. 6 puntos altos. — 6 puntos en el aire, etc.

21ª vuelta. Para formar el delantero de la cabeza, las cuatro vueltas siguientes solo se ejecutan sobre una parte del fondo. 6 puntos altos sobre 6 puntos en el aire. — 6 puntos en el aire. Despues se repite hasta 18 veces.

22, 23ª y 24ª vueltas. Como la 21ª, solo que al principio y al fin de la 22ª se dejan 2 veces 6 puntos en el aire, en la 23ª se deja 1 vez 6 puntos en el aire, y en la 24ª se dejan también 2 veces los 6 puntos en el aire.

Ahora se rodea todo el fondo con una vuelta de puntos dobles.

1ª vuelta del ala. 1 punto alto, á 8 hilos (es decir, pasando 8 veces el hilo sobre el crochet). — 3 puntos en el aire pasando 3 puntos. — 1 punto alto á 8 hilos. — 6 puntos en el aire pasando 6 puntos. Así se repite siempre despues.

2ª vuelta. 1 punto doble en cada punto de la última vuelta.

1ª vuelta de la puntilla. 3 puntos en el aire pasando un punto. — 1 punto doble. — 7 puntos en el aire pasando 4 puntos. — 1 punto doble. Así se repite despues.

2ª vuelta. 8 puntos en el aire. — 1 punto doble en la onda de 7 puntos en el aire de la última vuelta. — 5 puntos en el aire. — 1 punto doble en la misma onda. — 6 puntos en el aire. — 1 punto doble en la misma onda. — 5 puntos en el aire. — 1 punto doble en la misma onda. Repítase despues.

3ª vuelta. 1 punto doble en la onda de 8 puntos en el aire. — 3 puntos altos. — 4 picots (6 puntos en el aire). — 1 punto cadeneta en la primera formando un picot. — 1 punto en el aire. — 1 punto doble en la onda de 8 puntos en el aire que sigue. Repítase despues.

Esta puntilla, que puede servir para toda especie de ropa blanca, se ejecuta segunda vez en el otro lado del ala, esto es, en la vuelta de puntos dobles que rodea el casco, y de modo que caiga sobre este fondo.

Para terminar, se pasa una cinta Nº 6 en la vuelta de los grandes puntos altos, de modo que haya siempre 2 encima y 2 debajo. Se forma un bonito lazo que cae sobre la frente.

#### Nºs 9 y 10. Platillo al crochet.

Materiales: Para hacer el par: 30 gramos de lana punzó, 5 hilos, 3 ovillos de lana encarnada sombreada, 15 gramos de lana negra y oro, 3 ovillos de lana blanca, 1 ovillo de lana amarilla, 2 piezas de tren-cilla lisa, 32 anillos de cobre de 3 centímetros de diámetro.

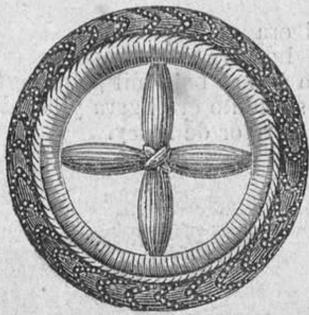
Estos platillos sirven para poner frasquitos ó jarros de flores.

El fondo se hace al crochet á puntos dobles sobre la trencilla lisa. Se principia por el centro y se trabaja en espiral cubriendo la trencilla con los puntos de lana punzó. Así se hacen quince vueltas, aumentando de modo que el redondel quede bien plano.

La guarnicion se compone de anillos de cobre cubiertos de crochet á puntos dobles de lana encarnada sombreada. Luego se hace una vuelta de crochet de lana negra y oro, á puntos sencillos. En el interior de cada anillo se hace una cruz de lana blanca; se ponen tres cabos juntos, y en el centro de esta cruz se hace un cruzadito de lana amarilla.

Damos aparte el dibujo de tamaño natural de uno de estos anillos. Se fijan el uno al otro en derredor del platillo, y hacen falta 16 para toda la vuelta.

En medio del platillo se borda una margarita de ocho pétalos, y hay que pasar cuatro cabos de lana blanca para formar cada pétalo. El corazon se hace con puntitos anudados, de lana amarilla, colocados muy cerca unos de otros. En torno de la margarita se hacen dos círculos á punto de cadeneta á la aguja con la lana negra y oro.

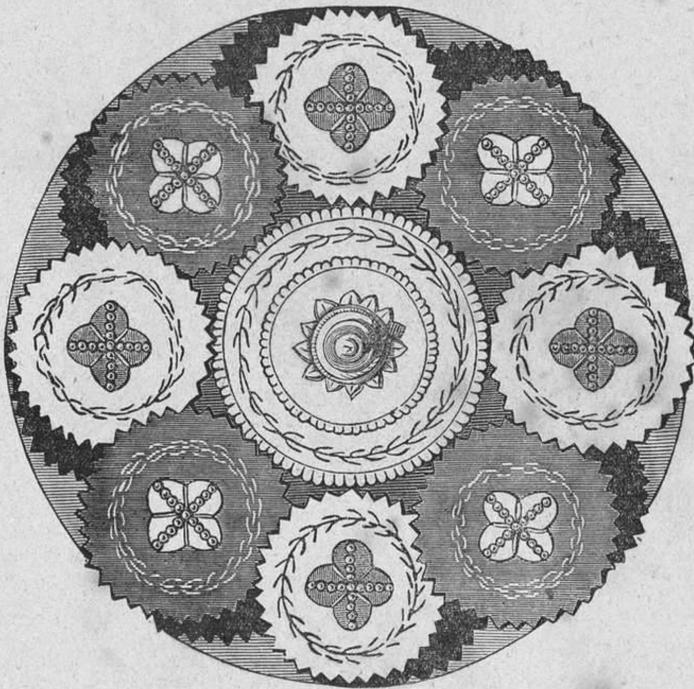


Nº 10. Uno de los anillos del platillo.

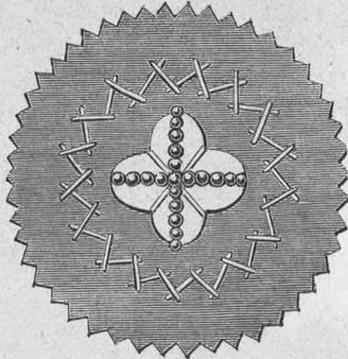
Nºs 11 y 12. Limpia-plumas de paño bordado.

Materiales: Paño blanco, encarnado y negro, sedas adecuadas, cuentas negras y un boton de marfil.

Además del conjunto de esta laborcita, damos un fragmento que representa del tamaño natural uno de los redondeles que la componen. Se recortan á ondas seis redondeles iguales de paño blanco y seis de paño encarnado. En medio de cada redondel blanco se fija una roseta de paño encarnado recortado. Por encima se ponen las cuentas negras ensartadas y dispuestas en cruz, y al rededor se hace un punto de espina de seda azul. Sobre los redondeles de paño encarnado, la roseta del centro es de paño blanco, y el punto de espinas de seda maiz. El centro del limpia-plumas es de paño encarnado; se pone un círculo de paño negro bordado á punto de espinas de seda blanca y rodeado de puntos méjico de seda maiz. Para montar el limpia-plumas, se colocan en rededor del fondo de paño encarnado que se forra de carton, los doce redondeles recortados poniendo uno encarnado y uno blanco alternativamente, y haciendo que sobrepasen un poco uno sobre otro. Entre cada uno de ellos se pone un redondel mas pequeño de paño negro recortado que servirá para enjugar las plumas. El boton de marfil se fija en el centro.



Nº 11. Limpia-plumas de paño bordado.



Nº 12. Fragmento del limpia-plumas.

Nº 13. Tocado Cloe. — Crochet y filocha de lana.

Materiales: 25 gramos de lana de Sajonia blanca y 15 idem de lana punzó.

Este bonito tocado se compone de un redondel hecho al crochet y rodeado de una ruche de filocha bordada,



Nº 13. Tocado Cloe. — Crochet y filocha de lana.

de una malla de lana punzó y de cintas de atar que se anudan por debajo del rodete, hechas tambien con filocha de lana blanca guarnecida de lana punzó.

Se principia por el centro del redondel con un crochet de marfil de grueso correspondiente al de la lana blanca. Se hacen 4 puntos cadeneta, se forma un redondel y se pica el crochet en el primero de los 4 puntos; se tira esta lana al través de este punto y se da á la lazada una altura de un centímetro, se hace pasar en el crochet, y entre cada punto se hace una cadeneta muy apretada. Así se continúa. Es preciso tener 16 puntos en la primera vuelta, con 1 punto cadeneta entre cada punto.

- 2ª vuelta. 36 puntos.
- 3ª vuelta. 80 puntos.
- 4ª vuelta. 106 puntos.
- 5ª vuelta. 108 puntos.
- 6ª vuelta. 110 puntos.

El redondel está terminado y se rodea con una hilera de puntos dobles.

La guarnicion se hace con filocha en banda de cuatro hileras con lana blanca y una hilera de lana punzó á cada lado. Esta banda deberá ser bastante larga para formar en torno del redondel al crochet una ruche plegada por en

medio á pliegues huecos de centímetro y medio de ancho, y guardando entre sí una distancia de otro centímetro y medio. Esta ruche se cose con lana en torno del fondo; despues se levantan los dos extremos de cada uno de los pliegues de la ruche, y se fijan con un punto de lana punzó.

Las cintas de atar se hacen tambien con filocha: 4 puntos al sesgo de lana blanca y 1 punto de lana punzó á cada lado: se necesitan 104 hileras. Se reunen por el medio con un punto de costura á la aguja de lana punzó, y de este modo la cinta de atar queda redondeada por abajo. Se ejecuta la segunda cinta del mismo modo, y se sujetan á cada lado del fondo al crochet, bajo la ruche.

Nº 14. Entredos crochet y «mignardise.»

Este entredos se hace lo mismo que los demás modelos de este género que hemos explicado anteriormente. La *mignardise* forma un ondeado. Despues se hace á cada lado una vuelta de crochet calado que se ejecuta cada uno sobre la mitad de las lazadas de *mignardise*, y luego otra (tambien á cada lado) de puntos en el aire reunidos por algunos puntos sencillos de manera que forman un borde derecho.

Este entredos es muy bonito para guarnecer cuerpos blancos. Por debajo se pasa una cinta de color para formar viso.

Nº 15. Encaje crochet y «mignardise.»

Las hojitas del encaje se hacen así: Se principia un punto alto, pero se dejan las dos últimas lazadas sobre el crochet, y se principia otro punto alto; cuando este se halla en el mismo lugar que el primero, se hace otro y se desmontan los tres puntos al mismo tiempo.

Se hace una hoja en un picot de la *mignardise*, tres puntos en el aire, un picot, tres puntos en el aire; otra hoja en el mismo picot de la *mignardise*, luego una lazada con picots, compuesta de tres picots y de cinco puntos en el aire; los picots están separados cada uno por un punto en el aire. Se pasan dos picots de la *mignardise*, se hace una hoja en el tercero y se vuelve á comenzar el dibujo.

Por el lado opuesto de la *mignardise* se hace un punto sencillo en cada picot, y un punto en el aire entre cada punto doble.

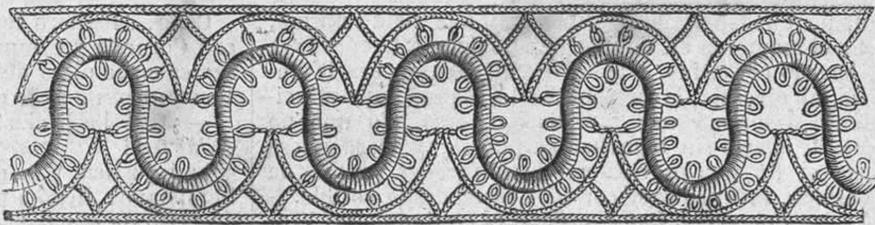
Nº 16. Modelos de sombreros.

Nº 1. Sombrero de paja de arroz de forma aplastada; el ala de este sombrero está adornada con una ancha blonda bordada, dispuesta en lazo por encima, y cuyas extremidades forman cintas de atar. Sobre este lazo hay un ramo de flores. Detrás hay una guirnalda de follaje en torno del rodete.

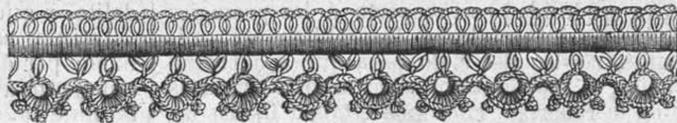
Nº 2. Sombrero Médicis de crespon plegado; el delantero del ala está adornado con una placa de acero. Al lado izquierdo hay una plumita derecha fijada por un grueso boton tambien de acero; todo el sombrero está cubierto con un velito de blonda que cae por detrás.

Nº 3. Sombrero de paja de Florencia de fondo de tul guarnecido de cinta de tafetan y de encaje negro; el delantero está adornado con un bandó formando diadema, de paja, acompañado de amapolas. Una ancha cinta de tafetan orillada con un alto encaje negro, va cosida llano por detrás, y sus puntas forman ataderos. Tambien por detrás hay adorno de amapolas.

Nº 4. Sombrero todo de blonda bordada adornado por delante con una alta blonda perlada formando bandó caído; la parte de encima está guarnecida de cocas de cinta de raso y de una corona de flores; al lado izquierdo hay una rama de follaje con algunas flores, que baja sobre las cintas de atar.



Nº 14. Entredos crochet y mignardise.



Nº 15. Encaje crochet y mignardise.

Nº 5. Sombrero de tul de seda; todo el fondo está adornado de cocas de cinta de raso. El ala, que es también de raso, se halla cubierta con un entredos de blonda. Un ancho lazo acompañado de un grupo de hojas, forma un adorno de lado, y todo ello está cubierto con un velito de blonda.

Nº 6. Sombrero-toca de crin blanca enteramente guarnecido de ruches de blonda bordada; el delantero está adornado con una guirnalda de helecho ó de brezos que baja sobre las cintas de atar, y estas últimas están sostenidas por una gruesa mosca como la que figura en el delantero; finalmente, al lado izquierdo hay un lazo con anchas cocas de cinta.

Variedades.

LAS VESTALES.

(Véase el Nº 804.)

« El César me cree incestuosa cuando debe sus triunfos y sus victorias á mis sacrificios. »

Con estas palabras, dice Plinio, no sabemos si queria adular ó insultar al príncipe, si eran dictadas por el testimonio de su conciencia ó por el desprecio del emperador; mas lo cierto es que no cesó de repetirlas hasta el lugar del suplicio, adonde llegó, aunque quizás inocente, con todo el aparato de una criminal.

En los reinados precedentes la justicia le habia formado causa, en la cual se justificó y fué declarada inocente, hasta que mucho despues se le antojó á Domiciano abrirle de nuevo el procedimiento, y la condenó á muerte.

Una circunstancia casual que ocurrió al tiempo de la ejecucion, fué juzgada por el pueblo como una prueba incontestable de su inocencia.

Las consideraciones humanas, cuando obran solas, no tienen lugar en los últimos momentos de la vida, y las acciones que se manifiestan entonces con apariencias de virtud, no pueden atribuirse mas que á la virtud misma.

En el momento en que Cornelia bajaba á la cueva, se le enredó el vestido, y al volver la cabeza para levantarlo, el ejecutor la presentaba le mano, cuyo ofrecimiento despreció con indignacion, creyendo que no podia aceptarlo sin manchar su pureza, y acordándose hasta el fin de su vida del bien parecer propio de su estado, procuró caer con toda la modestia posible.

La ley que segun Caton ordenó el castigo de las Vestales, condenaba asimismo á espirar al rigor de los azotes á los compañeros de su delito, para lo cual eran atados por el cuello á un poste colocado en medio de la plaza pública.

Es admirable que los romanos, naturalmente supersticiosos y cuya credulidad con respecto á los presagios era extremada, no interpretaran favorablemente, mirándolo como un aviso del cielo para que moderasen estas sentencias, el incendio que consumió las puertas del templo de la Libertad, en donde estaban fijadas las

leyes é inscripciones fatales que establecian esta especie de castigo.

A la verdad era un espectáculo bien doloroso, el suplicio de un hombre destrozado de esta manera, y que moria poco á poco bajo mil golpes crueles, cuando la sospecha de su delito era ligera y la tiranía ponía en ejecucion todo el rigor de la ley.

De abogado, dijo, he venido á ser correo; se fugó Licinio. Esta noticia fué tan agradable al emperador, que no pudiendo contenerse, profirió estas palabras:

« Licinio nos ha absuelto. » Le permitió, segun refiere Plinio, llevarse consigo todos los bienes que pudiera, antes que fuesen puestos en pública almoneda, y el retiro delicioso que le señaló para destierro, fué mirado como el premio de su sagacidad. Neron lo condujo despues á Sicilia, en donde de senador pasó á ser maestro de niños.

Se presentó en Sicilia con traje de griego, porque los desterrados, á quienes se prohibía el agua y el fuego, perdian el derecho de llevar sus ropas; mas él supo vengarse de la fortuna con las que tuvo lugar de adquirir.

¿Deberemos creer, añade Plinio, que deshonrase tanta erudicion con un incesto? Es cierto que él lo confesó, pero aquella confesion quizás fué hija del temor y no de la verdad.

La muerte de las Vestales se hacia un suceso muy interesante por las circunstancias que la acompañaban.

Por medio de la supersticion estaba ligada á una infinidad de grandes acontecimientos, que eran mirados como una consecuencia de ella.

En el consulado de Pinario y Turio, dice Dionisio de Halicarnaso, pasaron al pueblo romano una multitud de prodigios, que los adivinos atribuian á las disposiciones criminales con que se ejercia el ministerio de los altares.

Muchas mujeres, y en particular las embarazadas, se vieron afligidas de una peste terrible; parian las criaturas muertas y espiraban con su fruto. Los votos, los sacrificios, las expiaciones, nada aplacaba la cólera del cielo.

En este conflicto, un esclavo acusó á la Vestal Urbinia de haber sacrificado á los dioses con cuerpo impuro, y al punto fué arrebatada de los altares, juzgada, convencida y ejecutada.

Los ejemplos de esta clase de castigos estaban perennes durante mucho tiempo en el espíritu de los romanos: naturalmente de-

bían quedar impresos en monu meritos que conservasen su memoria á la posteridad, y los escritores no dejaban de publicar un suceso que por mas que fuese para la vista un espectáculo triste, no dejaba de ser de alguna utilidad para la historia.

Al recoger los nombres de aquellas desgraciadas víctimas, que se encuentran esparcidos en distintos autores, bien podemos concretarnos á su número, aunque parezca corto, y no extender mas allá nuestras investigaciones.

No quiero decir con esto que no haya sido mayor el de las libertinas; mas si exceptuamos á los esclavos, los delatores eran escasos y las Vestales estaban protegidas.

El crédito de Ciceron salvó á Fabia, hermana de su mujer Terencia, acusada de haber cometido adulterio con Catilina.

(Se continuará.)



Nº 16. Modelos de sombreros.

Celer, caballero romano, que fué acusado de incesto con Cornelia y comprendido en su sentencia, sufrió los azotes en la plaza de las Asambleas; y en medio de los tormentos, no se le oyeron mas que estas palabras:

— ¡Qué he hecho! ¡yo nada he hecho! *Quid feci!*

*Nihil feci!* La injusticia y la crueldad acabaron de deshonrar á Domiciano: llegó á perseguir al pretor Licinio, bajo el pretexto de que habia ocultado en una de sus heredades á un liberto de Cornelia, y que esta precaucion podia ser considerada como una pueba de sus relaciones con esta Vestal.

Los que recibieron la órden de prenderlo le manifestaron que no tenia mas recurso que la confesion de su delito, y que se perderia si trataba de justificarse.

Licinio se aprovechó del aviso: Herenio Senecio habló por él en su ausencia; su discurso fué corto y semejante á la bella expresion de Homero: «Patroclo ha muerto.»